

El viento me pertenece  
un poco.



Enrique  
González Rojo



Tianguis de Libros  
Para Leer en Libertad

**ENRIQUE  
GONZÁLEZ ROJO  
ARTHUR**

**EL VIENTO ME  
PERTENECE UN  
POCO  
ANTOLOGÍA DE  
POEMAS  
(1972-2008)**

## **BIENVENIDA E INCITACIÓN AL LECTOR**

Andrés Cisneros de la Cruz

Tiene usted en las manos no sólo una antología de poesía de Enrique González Rojo, sino también un plano, un mapa para seguir la pista de lo que es la poesía mexicana hasta donde la conocemos. Si seguimos al conejo de la curiosidad, nos guiará por túneles que desembocan a finales del siglo XIX cuando la poesía nacional empezaba a dar formas propias, a gestarse como resultado de un contexto geográfico y cultural, y no como herencia a secas de una Europa barroca, realista, romántica, o ya en el siglo XX, surrealista.

Enrique González Rojo nace en 1928, en plena consolidación de la poesía en México, cimentada en el modernismo de autores como Salvador Díaz Mirón, Arriado Nervo y Enrique González Martínez, quien más adelante dio pauta a poetas más jóvenes como Ramón López Velarde, y el denominado grupo sin grupo, que se inclinó en un principio a imitar la escuela europea, Los Contemporáneos.

González Rojo propuso junto con tres poetas más, alrededor de 1950, una teoría en torno a la forma de perfeccionar poemas. No sólo una máquina hacedora de versos como la de Machado, sino una forma lógica implícita, aunque no explorada, en el poeta de concebirlos. Esta teoría es sólo la punta de lanza de todo un pensamiento profundo y agudo que existe detrás de cada letra escrita por un poeta que no se conforma con ver la escritura como el acto. donde necesidad se entiende como hambre; sino donde necesidad se entiende como urgencia de existir, donde humanismo es raíz para formar la posibilidad de seres autogestivos, es decir, que puedan construirse a ellos mismos.

Rafael Xalteno López escribe en un ensayo sobre la condición humana en la obra de González Rojo, que "no puede rotularse su producción intelectual, como resultado del trabajo del filósofo, político, poeta o científico, fragmentariamente concebidos [sino que] hay una unidad indisoluble; unidad compleja (...) que nos obliga a intentar un atisbo a la obra de un pensador original cuya mirada es universal. Si la poesía gonzalezrojiana humaniza su científicidad rigurosa, su filosofía da el matiz humanista al conjunto de la obra".

Enrique González Rojo es un poeta que desde la trinchera de la palabra, resultado del pensamiento y ejercicio de la inteligencia, ha consolidado la brecha que abrieron a principios del siglo XX los poetas que sembraron el árbol que ahora camina cantando con notas frutales y da color a una poesía, que por momentos tenían los poetas, fuese a ser simple que resultado del modernismo anglosajón o el surrealismo francés, o de cualquier bella iniciativa de poetas europeos o latinoamericanos. Su manera de ejercer el

lenguaje coloquial, acentúa el simbolismo de cada palabra escrita en el aro de fuego que es un poema, y nos da como resultado textos que parecieran tapices arrancados de esta, nuestra realidad mutable; lienzos capturados por un ojo reflexivo, y trazados a manera de parábola o lección de vida.

Esta antología recopila obra de las diferentes etapas del poeta a partir de 1970. No aborda su primera época, donde en su poemario Dimensión imaginaria, apareciera un bosquejo de la teoría poeticista, que anunciaba ya la firme intención de influir en las letras de forma permanente; los argumentos poéticos no apuntaban a ser un pincelazo para disimular las ojeras, o retoque de labial para dar color al hambre. Tampoco era la intención de González Rojo la de hacer fanfarrias étlicas o enarbolar banderas para ensalzar un "movimiento" como se ha denominado a los sucesos que cambian el sentido o el fondo de la concepción de la vida. González Rojo concebía en ese primer libro un estilo que se ha desarrollado a tal grado que su obra hoy es resultante del proceso de pergeñar la poesía desde una lógica que responde al mundo interior en conflicto con la vida, es decir, lo que fuera de él existe como resultado de sí mismo. En este libro que sostiene usted hay golpes de pensamiento, puños cargados de emociones intensas. Encontrará un laberinto al cual se le pueden borrar muros para generar entradas a otros sitios; también encontrará monstruos que son mariposas sobre su espalda.

Pequeños detalles, que si es observador, seguro harán que su mente vea cosas que antes no había visto, ni sentido. Tener ideas que no había pensado.

Tiene usted en las manos un libro que guarda puertas, pasadizos secretos, preguntas a quema ropa, luces que dan vida a la oscuridad, y puede ser que de pronto, entre los muros de las páginas, en las ventanas que son letras, vea al conejo que huye para esconder el secreto del truco que permite a usted disfrutar y por supuesto sufrir el acto de magia que es la poesía. En esta antología lleva usted un antídoto, que tendrá que buscar, aquí, en la casa interna, en este jardín, digamos, de un poeta que no sólo embelesa, hipnotiza o convence llanamente al lector de una verdad; no, sino que incita. provoca, llama a dudar; clama por la duda como pan de existencia. Luego empuja a sentir (pues como buen filósofo nos involucra en toda una teoría para practicar la inteligencia, y encaminarnos en marcha fantástica (oh, paradoja) hacia la concreción, en donde el humano, siente, quiere, duda, luego existe. Y existe, luego siente, quiere, duda. González Rojo concibe la creación poética como un engranaje (secreto, mas no divino) del discernimiento humano; la lógica poética como un argumento para desarticularla tantas veces evadida responsabilidad del poeta, y el humano, no sólo con su tiempo y sus letras, sino consigo mismo. Y de ese modo ovular la célula embrionaria de una sociedad posible. en donde ahora sí, los poetas, conscientes del peso de su palabra y de sus actos, no vuelvan a ser expulsados de la República de las Ideas.

Bienvenido.

## EL ENTIERRO DEL ÁNGEL CUSTODIO

*Sé muy bien que jugar era nuestro único  
mandamiento.*

**Pessoa**

Tras de mi nacimiento,  
saltando con mis células, creciendo,  
pude ascender al punto  
en que oyendo las voces del camino,  
los murmurios finísimos de un polvo  
que empezó ya a medirme la jornada,  
me solté a caminar de muy pequeño.  
Recibiendo regalos de estatura  
cada vez que un cumpleaños celebraba,  
estuve mucho tiempo  
sin aprender a hablar, hasta que un día  
pude al fin colocar los explosivos  
de mi primer vocablo en el recinto  
de todo mi silencio y desde entonces  
hablo hasta por los codos de mi pluma.

Para espigar mi sueño  
mis padres pretendían arroparme  
con canciones de cuna;  
mas yo era tan melómano que todas,  
me acababan meciendo  
irremediabilmente en el insomnio.

Poco antes del ocaso  
me aguardaban los cuentos,  
que escuchaba embebido

sin que me pestañeara la atención,  
hasta que me volvía  
a escuchar de la almohada «había una vez»  
y entregarme al pausado parpadeo  
del acto de dormir y despertar.

A veces me sentía  
triste, sin protección, como si hubiera  
asistido al entierro  
de mi ángel de la guarda.  
Otras veces me hallaba tan alegre  
que me iba a repartir a domicilio  
pedazos de alborada,  
poemas de Neruda,  
alcancías repletas de miradas  
para que fueran rotas al momento  
en que brota el crepúsculo.

Si estaba fastidiado,  
no sabiendo qué hacer del tiempo vivo,  
sacaba de mi caja de juguetes  
la espada de madera, las canicas,  
alguna vez un oso  
del tamaño de Dios,  
a quien le dije todo, en la confianza  
de que la indiscreción no es de peluche,  
o también el cuaderno, mi perpetuo  
astillero de naves que bogaban  
con su tripulación hecha de tinta,  
o fábrica de aviones  
que arrojados al aire,  
en propulsión de mano,  
hacían que planeara la belleza  
hasta que aterrizaba a la mitad  
exacta de mi júbilo;  
tornaba los soldados, las batallas,  
el trompo y su mareada cantinela,  
los coches de latón, las travesuras.  
Mas debo confesar que las sacaba  
con temor, porque nunca olvidaré



que al nacer asfixiado, la primera  
de todas mis maldades,  
me dio la comadrona  
mi cuota de nalgadas correctivas.

Cuando el viejo maestro  
-que en mi palma medía, con su regla,  
cualquier incumplimiento- me arrojaba  
a la tarde leprosa de una eterna  
tarea, me sentía desterrado,  
teniendo por grilletes los rincones  
de la alcoba de estudio en que lloraba  
de la pluma a los ojos,  
en un país de verbos, capitales,  
y la raíz cuadrada de mi tedio,  
país de la aritmética y su exacta  
sustracción estadística del hombre.

Mejor era ir al parque,  
colocarse a la sombra de algún juego,  
sorprenderle sus nidos al fastidio  
y cambiar municiones y agonías.  
O llamar a aquel hombre  
que iba con su majada  
de algodones de azúcar -como nubes  
que nos hacían lluvia ya la boca  
y ataba sus corderos de colores  
cada uno de una estaca  
para ser trasquilados a mordidas.

Cuando cumplí dos lustros  
dejé de musitar esas palabras  
que se hallan de rodillas,  
como primera piedra de algún templo;  
comprendí que la fe no es otra cosa  
que clavar en la tierra un espejismo,  
para que nunca pueda evaporarse  
al calor de los pies que traen consigo  
la esperanza insolada.



A partir de ese instante  
no pude ya creer en otro mundo:  
adentro de mi cráneo, los milagros  
de Jesucristo fueron también crucificados;  
y no entendí hasta entonces  
que no hay en las obleas más deidades  
que el envinado dios de la cajeta  
o que el agua potable  
es el agua bendita ciertamente.

Llegué a esa conclusión  
jugando a las vencidas con la duda,  
hasta que ya después, sobre mi torre,  
a campanada en cuello repicando,  
llamé, con cierto gozo, a misa negra,  
y tuvo el Anticristo de la nada  
su más seguro fiel en mi persona.

Yo ignoraba, de niño, que son sábanas  
lo que tan sólo baten  
al volar las cigüeñas.  
Pero la pubertad, con mi nodriza,  
provocaron en mí  
la resuelta erección de un nuevo mundo.  
No pude conformarme, desde entonces,  
con brindar mis caricias al estanque  
donde algunas mujeres se bañaran,  
y buscar codicioso, a toda mano,  
el rebaño de senos del oleaje.

En fin, entre las fotos  
de mi álbum familiar, una conservo,  
ilustración perfecta de esa época,  
de los frecuentemente extravertidos  
senos de mi niñera.

La más dulce lección de geometría  
que en mi vida he tenido, se la debo  
a que ella, cierta tarde, tacto a tacto,

pasó a confidenciarle sus caderas  
al más pequeño Enrique.

## EL PÉNDULO

*Ha triunfado otro ay*  
Vallejo

No he de decirlo todo; pero creo  
que hay que sacar a veces los trapitos  
al menos a la luna.

Explicar  
que al momento  
de encontrarme  
haciendo el inventario de mis llagas,  
me regalas presentes imprevistos  
como el radar que opera detectando  
el vuelo de los ángeles,  
o el elefante aquel, color de niño,  
que juega pisoteando las cajas de pandora.  
Relatar  
que al hallarme feliz,  
calculando  
los millones de células  
de tu cuerpo,  
de que soy propietario;  
feliz hasta creer  
que debiera amarrarme a una sirena  
al escuchar el canto de los mástiles,  
entonces me regalas un desierto  
y me robas el agua  
haces que me circulen hormigas por las venas,  
que mi cuerpo se vuelva el paraíso  
donde nace  
la primera pareja de alacranes,  
que mis órganos gruñan convertidos  
cada uno en una bestia diferente.

Pero entonces  
caminas a tu armario  
y tomas el estuche donde guardas  
la mejor  
de todas las caricias.

Y otra vez en la luz, sin parpadeos,  
sin un solo relámpago de sombra,  
a dos manos tomado del orgasmo.  
Hasta que de repente me conduces  
a tu nueva mansión edificada  
en un fraccionamiento construido  
a mitad del carajo.

En el flujo y reflujo de este péndulo  
(que en su inconstancia empuja  
mi corazón metálico de izquierda  
a derecha en la entraña)  
navego exactamente en el sentido  
contrario al que olfatea el viejo lobo  
de mar de toda brújula.

¿He de ser prisionero  
de este vaivén sin fin hasta el instante  
en que ya la agonía  
desanude  
la luz de mis pestañas  
y epitafie el recuerdo  
mi irremediable ausencia que se inicia?  
No sé. Pero al llegar a estos renglones  
abandono la pluma porque ayer,  
habiendo ya fletado  
un carro de mudanza  
para todos los sueños  
que me fueron creciendo aquí a tu lado,  
todo cambió de pronto  
y corro hacia tus ojos  
desempacando besos y caricias.

## NO ES POSIBLE ENTRAR DOS VECES EN EL MISMO RIO

No es posible derramar dos veces el mismo lloro.  
Los ojos peregrinan, con el tiempo bajo el brazo,  
hasta ser un asilo de dos niñas  
ancianas.

Centellean su eterna distinción con el pretérito,  
tomándole instantáneas a la nada  
cada vez que al pestañear nos dejan ver  
añicos de la muerte.

Eternamente nuevas, las lágrimas  
redondean segundos  
para hacer una clepsidra de aflicciones.  
Hasta es factible a veces  
oír el delicado tic tac del parpadeo.

Imposible vivir dos veces en la misma carne.  
Y esto lo sabe bien el que, aunque no es un anciano,  
sí es un hombre de cierta edad,  
entrado ya en nostalgias.  
Y también el que carga la inscripción en cada palma  
de tan prolongada línea de la vida  
que desborda la mano y se le enmaraña  
en todas las arrugas.

Las manos habitadas empiezan a inquietarse  
y su tranquilidad se les llena de hormigas.  
El viejo sólo empuña firmemente,  
como un pez apresado,  
un temblor incesante  
que resulta incapaz de sacudirse  
la pátina numérica del tiempo.

No es posible besar dos veces la misma boca:  
hasta Penélope,  
que tejía su fidelidad todas las noches,  
que, al sustraer su cuerpo en mil maneras  
al tacto pretendiente,  
recorría asimismo su odisea,  
y obtenía en su lecho,  
abrazada a la ausencia de su esposo,  
el orgasmo espiritual de cumplir con la palabra  
empeñada,  
le entregó a Ulises,  
cuando éste pudo tornar al fin  
a la Itaca más íntima de la boca conyugal,  
diferentes labios, sonrisas extranjeras,  
senos acuñados en distintos moldes,  
piernas que envejecieron no sólo en las rodillas.

No podemos cantar dos veces la misma copla.  
Ni el disco se nos raya en algún punto,  
como una idea fija de sonidos,  
para trazar en él  
el signo circular  
de lo perpetuo.  
No es posible cantar la misma copla.

No es posible acariciar dos veces los mismos pechos.  
Ni acurrucarnos en sus círculos  
pensando que nuestra eternidad  
tiene pezones.  
Si se exigiera hacer su biografía,  
desde el punto en que les ponen las manos del deseo  
sus corpiños de tacto,  
cuando hay alguien que sufre  
dos senos de temperatura,  
al día en que la leche se les curva  
y ponen en la encía de su niño  
la dentición licuada de lo blanco,  
tendría que decirse:  
cuando niña,

a la mujer se le diluyen  
en la indistinción de sexos de su tórax;  
adolescente,  
salen en busca del tacto  
y abandonan  
la unidad de su pecho de pequeña  
a favor del dualismo que adivina  
que las caricias se hacen a dos manos.  
Cuando anciana, advendrá  
un deshielo de senos  
como alforjas despojadas ya de todos los años por  
venir.  
Y eso nos hace ver  
que no es posible acariciar dos veces idéntico placer  
si sabemos  
que el tiempo está palpando la epidermis,  
esculpiendo su vejez a fuerza de caricias.

No podemos jugar dos veces al mismo juego.  
Yo no pude lograrlo  
al jugar, cuando niño, al escondite,  
juego en que me escondía hasta perderme.  
Ni pude conseguirlo  
con aquella peonza que giraba en la palma de mi mano  
como una paloma en torbellino  
que picoteaba ahí su equilibrio.  
Ni lo alcancé tampoco  
cuando, en el ajedrez, que se rodea  
de una atmósfera que huele a pensamiento,  
advierto que de pronto  
soy un alfil más inteligente que tú,  
tiendo republicanas trampas a tu reina  
en el tablero de batalla,  
y salgo triunfante en una lucha  
en que la meditación  
fue mi pólvora.

El hombre que frente al reloj  
recuerda su trayecto,  
se lanza la memoria a las espaldas,

se desanda a sí mismo hasta que advierte  
la raíz  
de esa flor de tic tac que es el presente,  
sabe que no podemos entrar dos veces en el mismo  
río.

Nuevas aguas ahogan las pasadas,  
del pretérito oleaje ya no queda  
sino un débil recuerdo, en vías de esfumarse,  
prendido como náufrago a la astilla  
que perdura del barco sumergido.

Dos veces no podemos.  
No existe una sola ancla, con su puñado de tierra firme,  
frente al fluir del tiempo  
las cuentas de no acabar de su rosario.  
Y en el caso de haberla  
no sería dos veces la misma ancla,  
pues el reloj desborda  
sólo momentos irrepetibles  
que dejan la grabación efímera en el viento  
de sus huellas digitales.  
No es posible entrar dos veces en el río  
porque, con sólo mojarse,  
mi cuerpo es unos segundos  
más viejo que antes era,  
y siento que, fugaz,  
la espuma a mi cabello lo deja encanecido.  
Dos veces no es posible entrar al agua  
aunque el reloj, mojado, se nos pare  
fingiendo una escultura de lo eterno.  
Ni es posible tampoco  
porque cuando después  
el baño se abandona,  
la arrugada vejez que hay en las yemas  
muestra que hemos sumergido las manos en el  
tiempo.

No es posible leer dos veces al mismo Heráclito.



## VIDA Y OBRA DEL ESPACIO

No es verdad que el espacio  
sirva como lugar en que se citan  
oquedades, rendijas, intersticios  
celebrando el congreso de la nada.  
No es el telón de fondo  
donde hay algo que salta y representa  
ademanes de ser, gestos de cuerpo.  
No es tampoco un vacío donde aflore,  
con el solo habitante de la asfixia,  
el único rincón en que la historia  
no puede respirar.

Hay espacios que nacen, que gatean  
con sus tres dimensiones. Espacios que se yerguen,  
sumándole agujeros a su hueco,  
hasta la edad madura del abismo  
-donde está siempre el vértigo asomado-  
o hasta esbozar un ámbito que abarque  
desde tu boca abierta hasta los cráteres  
que se abren en la luna.

Hay espacios amantes, cuyo coito  
-logrado al presentar el pasaporte  
que goza de la visa de la entrega-  
extradita sus límites y acaba  
con el crónico mal del que adolecen  
las naciones, enfermas de frontera.  
Hay espacios ya graves: el derrumbe  
que amenaza la mina lo demuestra.  
Hay espacios que nacen, viven, crecen:  
se reciben de tiempo. Son espacios ancianos,  
a un paso ya muy niño de la muerte.  
Modelado de historia y de materia,  
el espacio requiere de su biógrafo  
que arroje las leyendas y lo trate  
como hermano de todos en el tiempo,  
nativo del gerundio y compatriota

de todo lo que se halla,  
 si olvidarnos la efímera existencia,  
 a una cuna tan sólo del sepulcro.

## PREMAMUTARIO

*Para Carlos Illescas*

En el tiempo primario,  
 antes de que, trinando, ese llamario  
 convirtiera la rama en ramarada;  
 antes de que en su lomo el jorobario  
 cargara agua estancada  
 para esperar la sed que se renueva  
 de cuando en vez en medio de la cueva;

antes de que transforme  
 el hombre a ese murciélago inocente  
 (al temor yugular que ante él se siente)  
 en el sangriero enorme,  
 enorme y repelente,  
 que gusta continuar con dos hilillos  
 rojos la brevedad de sus colmillos;

antes de que la hurtaca, que conspira  
 por hacerse de vidrios, de carretes,  
 cáscaras de limones, rehiletos  
 en que el color, mareado se retira,  
 transformara su nido fuerte,  
 donde está toda suerte  
 de cosas que convierten en más rico  
 este pájaro que otros por un pico;  
 antes de que la mano, con su caña,  
 realizara la hazaña  
 de pescar los más grandes tiburones,  
 y a cuchillo, con saña,

haciéndolos jirones,  
 al agua los tirara nuevamente  
 formando en cada trozo una piraña,  
 brizna de tiburón que hinca su diente  
 en la miedosa carne de la gente.

Antes de que en el campo y en el monte,  
 si vamos desde atrás hacia adelante,  
 se hallara el vastodonte,  
 la fuente primordial de esos raudales  
 de genes colosales,  
 padre del elefante  
 que irá en la evolución de los trompales  
 -emefante, enefante y esefante-,  
 sin dejar de ser nunca el grandefante  
 haciendo, a la pisada con que yerra,  
 que retiemble en sus centros nuestra tierra.

Antes de que luzigres de Bengala  
 sirvieran de pacíficos tapetes  
 a mitad de la sala  
 y la pared realce  
 la percha para asombros del cuernalce.

Antes de que nacieran asconetes,  
 floriposas, chispiérnagas, muerderros,  
 que plagaran los campos y los cerros  
 de Indonesia, de México o de Italia  
 de toda la animalia  
 que supo imaginar naturaleza  
 y arrojarla a los bosques, la llanura,  
 las estepas perdidas, la maleza  
 en que gruñe lo verde en la espesura,  
 la gota, en fin, la gota de agua pura.

Sólo cosas había en los umbrales  
 del mundo. La materia  
 sufría en aquel tiempo una miseria  
 completa de animales.  
 La bestia hoy enjaulada

en el parque zoológico,  
 tenía, de abuelárbol genealógico,  
 el roble de la nada,  
 brillante no de flores sino ausencia.  
 Si se hubiera instalado  
 (corno punto final de la presencia  
 del mundo inanimado)  
 de «la blonda avecilla» el cuerpo alado  
 (la abeja en los panales de Ronsard)  
 en medio de las cosas, en la desobediencia  
 de la ley natural,  
 brotara en todas partes el escándalo,  
 la infracción promovida por el vándalo  
 que hubiera, con su caos, invadido  
 el imperio romano dominante,  
 y cundiera al instante,  
 la sorpresa, el sinsentido,  
 si en las cosas la mente hubiera sido.

Sólo cosas había. Sólo cosas.  
 Sólo cosas lucía ese momento.  
 Tierrañas que se erguían impetuosas  
 tratando de llegar al nubamento;  
 jugones que introvierten como cuitas  
 su milagrio de perlas exquisitas;  
 bellísimos tierrajes  
 que cambian de estaciones y de trajes  
 como el que con su prisa  
 se monda fácilmente la camisa;  
 blancatrases de luengas, amarillas,  
 ancestrales historias tan sencillas  
 como aquella que cuenta la conseja  
 de que, si se le deja,  
 esta flor que se excita y que se turba  
 en su dorado rayo se masturba.  
 Aquí no hay quien cerebre lo que ocurre,  
 no hay abiertos mirárpados al cielo  
 o al pequeño friachuelo  
 que discurre  
 sus inéditas aguas en el suelo.

Aquí no hay ojos, manos ni noticias  
de futuras tácticas  
que dejarán la piel embelesada.  
Aquí no está a dos pies encaramada  
la pregunta por todo,  
la inquisición consciente por el lodo,  
la esbelta titilante,  
laguna vez el agua vacilante.

Aquí no hay quien cerebre el universo,  
ni siquiera ha nacido el primer verso.

## HORMIGA Y APARTE

En *El origen de las especies* de Charles Darwin,  
 London, 1859, p.374, podemos leer este pasaje:  
 las hormigas,  
 marchando en fila india,  
 recuperan los puntos que conforman una línea.  
 Una hormiga roja,  
 abandona, de repente, la fila,  
 su instinto,  
 la ley natural.  
 Y al hallarse sola,  
 descubre las paredes y ventanas del yo.  
 ¿Qué soy? se pregunta,  
 y en el lenguaje nervioso de las hormigas rojas  
 dice: soy un yo.  
 Yo, entonces, se acerca a una laguna  
 para contemplar la cara  
 de alguien que es, al fin,  
 consciente de sí misma.

Una hormiga negra,  
 negra como la lágrima de un ciego,  
 pequeña,  
 emperifollada con el moño de su sexo,  
 abandona también su fila,  
 el trocito de ciencia en que vivía,  
 se dirige al mismo estanque  
 y descubre en la mirada de *Yo* su nombre.  
 Se llama *Tú*.

*Tú y Yo*,  
 tomados de la mano,  
 se empiezan a dar obsequios:  
 briznas, raíces, letras,  
 el ensayo fugaz de una sonrisa,  
 hasta sienten el deseo  
 de darse enteramente  
 demoliendo los muros que protegen  
 a los pronombres.

Abajo de una hoja seca hallan su primer beso  
y el principio de identidad...

Y en eso están, así, cuando de pronto  
llega el oso hormiguero  
y el idilio, carajo, se devora.

## LA ALTERNATIVA

Tan sencillo como esto:  
vivir indignamente entre algodones  
(que llegan al oído  
para tapiar al yo, para dejarlo  
sin nexos con el mundo),  
con la cuota de besos de la madre,  
los hijos y la esposa,  
con los pulmones llenos del incienso  
de la gloria oficial,  
o vivir dignamente en la tortura,  
en la persecución, en la zozobra,  
con la tinta azul cólera en la pluma.  
Tan sencillo como esto:  
ser Martín Luis Guzmán o ser Revueltas.



## PREHISTORIA DEL PUÑO

En un tiempo yo fui, lo que podría  
llamarse una persona  
decente.  
Buena educación.  
Eructos clandestinos.  
Modales aprendidos con metrónomo.  
Y un cajón rebosante de dieces en conducta.

Pero un día,  
ante los golpes de culata,  
las ráfagas de párpados vencidos,  
el furor lacrimógeno,  
me nació un inesperado  
«hijos de puta».

Se trataba de mi primer arma,  
de un odio que a dos pies  
cargaba la sorpresa de su propio nacimiento.  
A partir de entonces,  
dentro de mi gramática iracunda,  
dentro del diccionario en que mi cólera  
se encontraba en un orden alfabético,  
disparaba palabras corrosivas,  
malignas expresiones que eran áspides  
con la letra final emponzoñada.

Pero yo me encontraba insatisfecho.  
Ningún hijo de puta  
corría hacia su casa, ante mi grito,  
para zurcir el sexo de su madre.  
Mis alaridos eran inocentes,  
inofensivos eran  
como besos que Judas ofreciese  
tan sólo a sus amantes.

Ante eso,  
pasé de un insatisfecho «cabrones »

-pólvora humedecida por mi propia saliva-  
a una pequeña piedra,  
el pedestal perfecto de mi furia,  
la lápida mortuoria que encerraba  
la pretensión guerrera de mi lengua.

Y ahora, en la guerrilla,  
mientras limpio mi rifle.  
recuerdo cuando yo era, camaradas,  
lo que podría llamarse una persona  
decente.

## LA CLASE OBRERA VA AL PARAISO

Una vez me enamoré de una trotskista,  
Me gustaba estar con ella  
porque me hablaba de Marx,  
de Engels, de Lenin,  
y, desde luego, de León Davidovich.  
Pero, más que nada  
porque estaba en verdad como quería.  
Tenía las piernas más hermosas de todo el  
movimiento comunista mexicano.  
Sus senos me invitaban  
a mantener con ellos actitudes  
fraccionales.  
Las caderas, que eran pequeñas, redondas,  
trazadas por no sé qué geometría lujuriosa  
lucían ese movimiento binario  
que forma cataclismos en las calles populosas.  
Un día, cuando  
me platicaba que:  
«Lenin había visto con lucidez  
que la época de los dos poderes llegaba a su fin»,  
yo le tomé la mano;  
ella continuó:  
«pero el problema básico  
era la concientización de los soviets».  
Yo no despegaba los ojos de sus senos.  
Un botón de audacia -meditaba-  
y me vuelvo un hombre rico.  
Y ella proseguía:  
«había que reforzar el papel de la vanguardia».  
No me pude contener  
y la estreché a mi cuerpo  
con la boca de cada poro mío  
buscando otros iguales en su carne.  
Y ella: «Lenin había previsto que...»  
Y yo atacé el botón de su camisa  
y me puse a jugar con la blancura.  
Y mi trotskista, con la voz excitada:

«los mencheviques estaban  
en minoría ya en los consejos».  
Y yo, con decisión,  
le fui subiendo poco a poco la falda,  
como quien deja de hablarle de usted a un ángel.  
Se hizo un silencio.  
Un silencio para disfrutar  
del pequeño burgués abrazo  
que abre la toma del poder por el orgasmo.

## EN PIE DE LUCHA

Eduardo. Guillermo, Jaime  
¿recuerdan cuando fuimos terroristas  
y armábamos el delicado mecanismo  
de explosivas mentadas de madre  
para ponerlas en lugares claves  
del sistema?  
¿Recuerdan cuando, con Pepe,  
con la boca cosida por el mismo propósito,  
levantamos una barricada de hambre?  
¿Recuerdan nuestra fiebre clandestina,  
el salir a una junta  
poniéndonos el traje, la bufanda y el seudónimo?  
¿Recuerdan nuestros puños  
-opuestos siempre al asco-  
discutiendo por las noches  
hasta el advenimiento del nuevo día,  
hasta que los arroces de la penumbra  
eran picoteados por los gallos?  
¿Han olvidado acaso las reuniones,  
las órdenes del día  
en que el sueño era el Presidente de debates?  
Se dice que tan sólo  
la sangre juvenil es subversiva,  
o que la adolescencia,  
con su chorro de tiempo tan exiguo,  
no moja aún la pólvora  
del furor; pero dícese que ello es transitorio,  
que ha de venir el día  
en que sienten cabeza las neuronas  
impulsivas;  
se dice que la edad,  
con su telaraña de canas,  
toma preso y devora  
el tábano rebelde de otro tiempo.  
Se habla de ingenuidad,  
de muchachos utópicos y anémicos  
que formaban brigadas o círculos o células  
de glóbulos blancos.

Se habla de castillos  
formados con la arena de fantasmas  
que a la incredulidad se desmoronan.  
Se cita  
la escasez lamentable de mazmorras  
que hay en los manicomios.  
Pero Eduardo y Guillermo.  
Pero Jaime.  
No quiero,  
no, no quiero la cordura.  
En vísperas de ser por las arrugas  
invadido,  
no quiero, mis amigos, encontrarme  
con los pies muy bien puestos en la tierra  
de la lógica.  
Sueño, mis camaradas,  
que hasta el último instante,  
mi voluntad aún halle la forma  
(contra mí, mis arrugas, mi cansancio)  
de levantarse en armas.

## EPIGRAMARIO

1

Ayer, amada mía, pecho adentro  
te enterré en la rotonda  
de mis sueños ilustres.

2

Hoy me desperté  
crudo, mujeroso.

3

No digas nunca  
de esta mujer no beberé.

4

¿Recordarte  
cuando me dejaste  
tan mal sabor de alma?

5

La poesía sucia se lava en casa.

6

A una alumna,  
llamada Alicia,  
la llamo yo,  
al verla tan hermosa, tan deseable,  
Alicia en el país de sus propias maravillas.

7

En el castillo, amada, levantado  
por los dos, tengo miedo  
del triángulo que formamos  
nosotros y el fantasma.

8

En esta América nuestra, poetas,  
hay que hacer  
hasta canciones de cuna de protesta.



9

Mujer: todo salió a pedir de tacto.  
 Mas desde hoy nos veremos  
 sólo de vez en boca.

10

Sin volver la mirada, te fuiste lentamente,  
 enfermando de cáncer el espacio.  
 De reojo logré verte por último  
 escupiendo las letras de mi nombre.

## VA DE PASION EN FONDO POR LAS CALLES

Va de pasión en fondo por las calles  
 alineada la masa. Pasa en ellas  
 su tráfico iracundo. Cada gente  
 hace un mínimo cráneo con su mano  
 para poner en él  
 su incipiente conciencia proletaria.  
 Avanza cada frente  
 con su breve pancarta de coraje.  
 Aunque en medio del río.  
 pretendo ser la gota que conserva  
 la conciencia de sí,  
 me uno al coro de voces que da forma  
 a ese canto que luce finalmente  
 borradas las fronteras de los himnos  
 nacionales. Los gritos y las porras  
 nos hablan de una isla,  
 de un territorio libre en la esperanza,  
 de un descubrir aquí en el Nuevo Mundo  
 de nuevo el Nuevo Mundo.  
 En medio de esta turba,  
 donde un furioso verso es cada hilera,  
 cada grupo una estrofa,

la manifestación una poesía  
de Neruda, Llikmet o Maiakovski,  
que ha ganado la calle,  
me pongo a recordar, y se me viene  
a la memoria el tren, el tren de carga  
-atestado de espíritu rebelde-  
de manifestaciones ferroviarias  
que le daban al zócalo el carácter  
de estación terminal. Y se me viene  
al recuerdo la masa  
de estudiantes, maestros, que soñaban  
que una bandera roja,  
con audacia alpinista.  
sobre la Catedral se enseñoreara.  
Y se me viene aquí, justo a la angustia,  
la célula con Pepe, con Eduardo,  
el breve caracol en el que pude sintonizar un día  
el rumor del Mar Rojo que se acerca.  
Y entonces se me viene  
todo el sesenta y ocho a la cabeza.  
La manifestación hecha en silencio,  
en que sólo podían descubrirse  
los puños en voz alta.  
La manifestación que se diría  
guardaba ya minutos de silencio  
por las futuras víctimas. Recuerdo  
Tlatelolco. Recuerdo  
mis amigos y alumnos y recuerdo  
el permanente mitin de sus tumbas.  
Y en medio del recuerdo caigo en cuenta  
que quizás a la vuelta de la esquina  
puede encontrarse el monstruo,  
el monstruo lacrimógeno, la fiesta  
de las balas del monstruo. Pobre México,  
invadido de Díaz y de Díaz,  
presas de hordas de Díaz. Pobre México.  
En tu bandera luce  
un monstruo devorando una serpiente.

## PROGRAMA DE VIDA

Nacer profundamente irritado.  
Gritar de tal manera  
que todos se vuelvan hacia el grito  
buscándole su pedestal  
de lobo.  
Hacer que por los labios entreabiertos  
se fugue del pulmón en llamas  
la vocal militante.  
Ensayar muy pronto los primeros pasos  
para aprender a pisotear los insectos  
que lanzan pequeñas tarascadas a los talones.  
Concebir en la cuna nuestro primer proyecto  
subversivo.  
No dormir en la almohada (donde anidan los más tibios  
ademanes maternos)  
sino acurrucamos en nuestro propio puño.  
Apachurrar las lágrimas  
entre el dedo pulgar y el índice.  
Hallarse preparada en todo momento  
para desenfundar nuestra mejor injuria,  
cortar cartucho y pasear los ojos  
por un jardín de pulsos extraviados.  
Buscarle la espinilla a los dioses.  
Poner,  
desde pequeños,  
a nuestro oído en guardia  
contra todo  
canto de sirena y variaciones.  
Desoír la varita de virtud,  
sus tristes erecciones.  
Rechazar el noviazgo que nos pone  
las primeras esposas en las manos.  
Luchar a sangre y sexo.  
Escribir un epigrama que genere  
cuarteaduras en los muros  
del partido gobernante.  
Pero no confiar demasiado  
en las virtudes catastróficas de la lira,

en la toma del poder por los endecasílabos.  
Buscar pacientemente en cada cuerpo  
el punto en que se esconde la ternura.  
Darle piel abierta a la caricia.  
Organizar una manifestación  
que corra, tumultuosa,  
a escuchar en el zócalo un recital  
de poesía.  
Contemplarse las manos,  
a la hora de morir,  
y pensar en las obras  
firmadas por sus huellas digitales.  
No tener temor a la muerte.  
Enseñar a los cojones a deletrear el infinito.  
Morir tranquilo, en fin, tranquilo.  
En paz, serenamente,  
si se está convencido  
de haber colaborado  
con un grano de pólvora  
al bendito desorden que se acerca.

## PREPARA YA LA CÁRCEL

*Para Alicia Zende jas*

Y me dije:  
hazle señales de humo con incienso,  
extiende, con la red,  
el amargo panal de la emboscada.  
Súbete, pero ya. Llega a la altura  
en que pastan las nubes  
la vecindad hojosa de la tierra.  
Colócate una antena por si acaso  
viene con los disfraces de la música  
o con las variaciones  
en que el tema inicial fuera el silencio.  
No olvides los cordones.  
Prepara ya la cárcel. Toma. Baja  
la mano hasta alcanzar (haz un esfuerzo)  
la colección de muros del candado.  
¿Qué pasa? Salta, muévete.  
Por favor no te quedes con los brazos  
tan ciegos como un nudo.  
¿Que la red se encontraba agujereada?  
¿Que pasó a una distancia desdeñosa?

Se trataba, carajo,  
del ángel de las siete y treinta y cinco  
que se había salido de su ruta.

## EN LA ORDEN DEL DÍA

Que ya no puedes más, que ya tus hombros  
no soportan el bulto del cansancio?

Ni modo, camarada, hay que seguir.

¿Que están, dentro de ti, desmoronándose  
tus músculos más firmes

corno un reloj inserto en las entrañas?

Ni modo, camarada, hay que seguir.

¿Que te invade la sed, que sufres hambre  
y tu estómago empieza a enloquecer,  
a tañer su campana de vacío

para llamar a mesa y a manteles  
que digan pan al pan y al vino vino?

Ni modo, camarada, hay que seguir.

¿Que temes la tortura?

¿El duelo de la sangre y las ideas?

¿Que se acerque el esbirro  
a buscar en tu piel planes y sueños?

¿En tu alarido el nombre de tu hermano?

¿Alguna dirección en tus testículos?

Ni modo, camarada, hay que seguir.

Hay que ser partidarios de la tesis  
del odio permanente.

Hay que hallarse sin tregua  
con la iracundia al hombro  
para estar algún día en pie de paz.

Ni modo, camarada.

Cansancio, hambre, temor, qué significan

para el que ha decidido,

con su cincel en mano,

levantar la escultura de su grano de arena.

## EL HEREJE

*Homenaje a W Reich*

En un tiempo fui parte  
de la fracción erótica  
del Partido Comunista.  
Era un partido dentro del partido  
como un ciego que se esconde en una gruta,  
un águila en el águila del viento  
o unos labios cerrados en mitad del camposanto.

Todos mis documentos.  
clandestinos,  
disfrazados de puertas clausuradas,  
concluían:  
«¡Proletarios y proletarias de todos los países, uníos! »,  
y denunciaban las razones neuróticas  
por las que a veces  
la hoz no se acostaba con el martillo  
o gusanos generados en el lecho  
devoraban la manzana  
de los puños.

Mis principios:  
que las bocas dispersas  
(que hacen una antecámara  
de besos suspensivos) cierren filas,  
trituren el espacio mojigato.

Que al avanzar la piel, levante vuelo  
la parvada de corpiños temerosos;  
que nadie note, no,  
la militancia reservada  
de tus malas intenciones;  
que sea tu estrategia conquistar,  
en medio de las sábanas,  
el frente unido,  
tu táctica formar en la epidermis  
una asamblea de poros excitados,  
un mitin en que el sexo se levante  
y tome la palabra.

Se reparó en mis actos fraccionales,  
en mi pasarme los días amueblando  
catacumbas.

Se me buscó de arriba  
(como si preguntara alguna cúpula  
por uno de sus sótanos)  
para contarme cómo Giordano Bruno  
-la verdad convertida en laberinto-  
terminó por ser pasto  
de un hambriento rebaño luminoso.

Tras una fatigosa discusión,  
se insistió en que debía retractarme,  
y que en el árbol de la noche triste  
de mi arrepentimiento  
se ahorcaran mis palabras.  
Sin esperar al Congreso  
se decretó la expulsión de la libido...

Y yo,  
sin mi carnet,  
como si dijera  
que se le sale a uno de la bolsa  
la identidad, salí a buscar un buitre enamorado  
de mis entrañas.

## II

También fui yo colega  
de ese tipo de médicos que tienen  
a neuróticos espermatozoides  
por pacientes.  
Los ilustres doctores  
(barbas, lentes, sentados  
en el muelle sillón de la ortodoxia)  
hablaron de espionaje, murmuraron  
que no era mi monóculo otra cosa  
que un ojo en su corsé de cerradura,  
denunciaron mis escritos



como, por lo menos,  
 el relincho del caballo de Troya  
 o un puñal que flirtea con la espalda.

Yo hablaba  
 de que el enemigo principal  
 era el sexo reprimido,  
 tapiado en su bragueta moralista;  
 le hablé directamente a los testículos;  
 invité a discutir a los ovarios.  
 La solución (decía,  
 sembrando el descontento en mis colegas)  
 no se halla en el sofá sino en la cama,  
 Es una estupidez (grité furioso)  
 permitir que tu sexo  
 doblegue la cerviz en la impotencia  
 o que haya en este siglo todavía  
 virginidad de orgasmos.

Algo esencial:  
 hurtarle los secretos a la cama,  
 dominar el amor desde el inicio  
 hasta el final feliz;  
 no sólo el arma de la crítica debe convertirse  
 en la crítica de las armas,  
 sino el principio del placer  
 en el placer del principio.  
 Todo debe empezar con algún beso  
 que al haber estallado a quemarropa  
 derrita la camisa y el corpiño  
 o que deje en los pies que se haga un charco  
 de pantalones.

También se decidió pedirme cuentas.  
 Se me exigió asimismo desdecirme  
 y desandar cada uno de mis libros.  
 Con la espada flamígera del dogma,  
 desollando la piel de cualquier duda,  
 se me mostró el camino hacia la puerta.  
 Sin perder los ideales, sin perderlos,

me sentí como Adán  
cuando. expulsado, no pudo retener el paraíso  
sino tan sólo el cuerpo  
de su amada.

## EL VIENTO ME PERTENECE UN POCO

Jurídicamente hablando,  
yo no soy dueño de ninguna de las luciérnagas.  
Y aun mi derecho sobre las mariposas resulta  
discutible.  
No tiene sentido  
que alguien me pida  
(regalado o prestado) un crepúsculo  
porque carece de ellos  
mi patrimonio familiar.  
Se puede creer, sin embargo,  
que, en sociedad con mis oídos,  
soy al menos propietario de alguna melodía  
(las variaciones, digamos, sobre un tema del viento);  
pero si una cosa debe afirmarse de mí  
es que soy pobre de música,  
menestero de Bach, harapiento de Mozart.  
En mis arcas no existe un solo aroma.  
Nunca he guardado en mi caja fuerte  
el sabor a vainilla.  
Nunca he poseído una alacena  
olorosa a compota de durazno  
ni mi ropa  
ha estado nunca planchada y doblada  
por las manos de un jabón  
que conduzca majadas de perfume.

Mas llegas tú. Y el viento me pertenece un poco.  
Hasta puedo enviar por correo  
de regalo  
alguna brisa.  
Me llevo por algunas horas el mar a mi departamento  
de la misma forma en que lo hice en la página 65  
del antiguo relato de una de mis pesadillas.  
De un tallo de dos o tres rosales  
pende una tarjeta con mis señas.  
Y he dado instrucciones a las espinas  
(los demonios custodios del perfume)  
para poner en su sitio a quien olvide  
la propiedad ajena.

Mas llegas tú, y la soledad  
sale corriendo  
hacia las fronteras que tengo con la nada.  
El abrazo nocturno nos confunde.  
Sólo el gallo  
que enciende una cerilla con su música,  
despierta nuevamente nuestros límites.  
Mas nos tomarnos entonces de la mano  
con la intención  
de que no deje de haber nunca  
litigios fronterizos entre nuestros pronombres.  
Me ayudas a armar el rompecabezas de un ángel.  
Hallamos agua, sol, edad derruida,  
damos con la pasión  
que desentume piernas, mueve brazos,  
y devora también, oso hormiguero,  
la infinidad de puntos agitados  
en las extremidades que se duermen  
en su inmovilidad de soltería.

Mas después de gozar  
el placer sedentario de los besos  
y las caricias lentas (las tortugas  
afectivas que cruzan por tu vientre)  
decidimos partir,  
darle cuerda al zapato, correr mundo.

Construir un astillero  
y empezar a forjar fetos de naves  
que crecen hasta hacerse  
audacia de madera,  
un sueño con su popa y con su proa.  
La aventura que sabe recortarle  
las espinas a la rosa de los vientos.

### Penélope

Digámoslo: Penélope no se queda en la casa.  
No permanece aquí para cuidar la hortaliza.  
Para lavar la cara sucia de los pepinos,  
peinar a los elotes, plancharle a las lechugas  
los puños y los cuellos. No se queda en la casa,  
al frente de la escoba que al moverse reparte  
un infarto en cada uno de los granos de polvo.  
No teje la calceta de su matar el tiempo.  
No le zurce a la ropa sus corrientes de frío.  
No se halla en la cocina todo el día incrustada  
mirando cómo hierve poco a poco su tedio,  
probando a qué le sabe su propia servidumbre  
cuando el dedo le pasa su información al gusto,  
ordeñándole rayos de sol a las naranjas,  
tomando de la mano diferentes sabores  
que van, endomingados, a ornamentar la mesa.  
No aletea, pelando cebollas y recuerdos,  
el pañuelo custodio. No lava los pañales.  
No cuelga en un alambre la exposición completa  
de todo su fastidio, frustración, amargura  
encarnada en manteles, calcetines, calzones  
«y camisas que lloran lentas lágrimas sucias».  
No teje una promesa que desteje en la noche  
como el flujo y reflujo de un océano de estambre

en que está a la deriva su destino acosado  
por la piel pretendiente. No se entierra en la casa.  
También sale de viaje. También forja su propia  
odisea Penélope. No se queda en la casa.  
Se va haciendo camino. Pisa distintas piedras.  
Halla flores e insectos que aún no tienen nombre,  
que escapan a las fauces de todo diccionario.  
Acumula países, aventuras, crepúsculos.  
Con su experiencia al hombro va adelante Penélope.  
Es cierto que en el viaje, me vive en su conciencia  
como yo me la adentro también en el espíritu:  
en verdad mi equipaje tiene excedido el peso  
por cargar sus caricias, sus ojos, su memoria.  
Pero nos separamos. Con un mapa distinto  
cada quien en los dedos. En barcos diferentes  
que ni una sola gota del mismo mar comparten.  
Digámoslo: Penélope no se queda en la casa.

## YO SIGO MI CAMINO

Pongo el motor a calentarse, a meditar camino. Le doy un terrón de azúcar a cada uno de sus caballos de fuerza. Meto primera en mi apetito de espacio. Someto bajo mis pies, a pisotones, la velocidad. El automóvil sale hecho una estampida, generando la feroz cabalgata de paisajes en sentido opuesto. Yo voy al volante. Llevo un haz de caminos en la palma de mi mano. Ríos, montañas, pueblos están dentro del auto. En su atmósfera se hallan las tierras más distantes. Puedo doblar aquí, y escuchar las voces de mi mano derecha. O puedo, aconsejado por mi corazón, girar hacia la izquierda. Tengo la geografía en el bolsillo. No hay un solo semáforo capaz de detener mi odisea.

Yo soy el maquinista. El que va a la cabeza de la sierpe, el que está alimentando la caldera con pedazos de noche, el que jala el silbato para darse un duchazo de sonidos. Como un torpe pastor que condujera sus corderos a la boca del lobo, soy quien acarrea la humareda hacia el hambriento túnel. Soy el que, sobre tantos y tantos durmientes, va desplegando el sueño de llegar hasta el término del viaje. Yo soy el maquinista, Ulises de overol que está empeñado en un viaje redondo por sí mismo.

La línea más corta entre dos puntos es perderle el temor y comprarse un boleto de ida y vuelta para viajar en ángel. Soy un piloto con diez mil horas de rascarle los pies a las estrellas. Mis señales de tránsito son las metáforas gongorinas de los signos del zodiaco. Soy el piloto de una nave que lleva a la prisa como su viajero permanente. Doctorado en nubes, sé del cielo y sus atajos de aire como la quiromanciana conoce la palma de todos sus secretos. Consciente de que mi muerte sería un salirme de mi ruta para entrar a un crepúsculo, me someto puntualmente al itinerario, a la travesía en hexámetros que me fija la homérica epopeya.

Yo sigo mi camino, sin oír el canto de sirenas de las anclas. Amarro los oídos a grandes mástiles de silencio. Soy el timonel, el radar que percibe el hormigueo de mis plantas. Enlazo los caminos y corro a no sé cuántos nudos por hora. Podría pasarme los meses en el océano Pacífico o embarcarme en alguna de mis lágrimas. Podría... Mas voy, con mi jauría de medios, tras mis fines. Itaca es el lugar de donde vengo y es también el lugar al que camino. La odisea, digámoslo, es solamente un círculo (un futuro mordiéndole la cola a su pasado) que parte y que termina, no en el beso y seguido de Nausica o de Circe, sino en ese punto de eternidad en el espacio en que mis labios y los labios de Penélope hacen que sus palabras se desnuden (para hacer el amor) y

queden metamorfoseadas en los besos que han prescindido ya de la prenda interior de toda letra.

## ODA A LA GOMA DE BORRAR

Gran cosa es tener la capacidad de retractarse.  
 Poseer el combustible necesario para dar marcha  
 atrás.  
 Lucir la valentía de desdecirse,  
 humillar la petulancia  
 de pretender hablar desde el púlpito de la tinta,  
 con un ademán autocrítico  
 que transforma los dogmas  
 los yerros  
 la retórica  
 en un rebaño de virutas perfumadas.  
 Para desandar el camino  
 y darle nuevamente la palabra a la página en blanco,  
 se requiere de un delicado instrumento  
 que es, como la rueda  
 los grandes aeroplanos  
 y la caricia de la mujer amada  
 cuando la soledad nos cala hasta los huesos,  
 invento inapreciable.  
 ¡Oh fe de erratas de mi lápiz!  
 Cernidor entre el trino y el resuello,  
 la palabra veraz y la que hilvana  
 las letras enmieladas del engaño.  
 ¡Oh gran antologista de vivencias!  
 Yo te debo la astucia de anularle adjetivos  
 a las emociones sustantivas.  
 Te soy deudor de mi capacidad  
 de comenzar y comenzar  
 nuevamente desde cero.  
 Cuando vuelvo los ojos a la pluma  
 al lápiz  
 a la máquina

y después hacia ti  
me quedo meditativo  
y pienso  
que el poeta  
el verdadero  
el grande  
el profundo poeta  
debe saber oír más las palabras de su goma  
que las del artefacto con que escribe  
porque los dioses están más cerca del silencio  
que del barullo.



## CONFIDENCIAS DE UN ÁRBOL

*Para Marcela Briz*

Cansado de que el viento me sacudiera con iracundia  
de que se enseñoreara sobre mí  
    decidí una madrugada  
soltar deliberadamente una de mis hojas.  
    Llevé todas mis energías  
    mi coraje  
    mi savia  
    hacia el ramaje.  
Y me deshice de una hoja verde y puntiaguda.  
En realidad acabé por sacudírmela  
    después de un gran esfuerzo.

Nadie fue testigo de la proeza.  
El viento atravesaba entre mis ramas en ese mismo  
instante  
y como desprendió varias de mis hojas  
nadie podría haberlo imaginado  
    en el caso de haberlo visto  
que una de ellas  
    entre las doce que perdí ese día  
encarnaba  
muy verde aún  
la forma primera de mi libre arbitrio.  
Decidí descansar, reponer mi fuerza  
    tener frías, muy frías las sienas  
meditar mi hazaña:  
    me sentí frente a los otros árboles  
como el ángel que aletea orgullosamente  
su diferencia con los hombres.

Pero al paso del tiempo  
sentí la necesidad de obsequiarle a la botánica  
con una nueva toma de decisión  
otra avería.  
Fue ya en la primavera.  
Mis ramas se doblegaban de tan llenas de flores.  
Mas advertí que entre una flor y otra en una de mis ramas

había una distancia grande  
 un sitio desaprovechado.  
 Y me puse a pujar y pujar  
 hasta que de repente me brotó  
 una pequeña flor  
 más pura  
 blanca  
 y tierna  
 que las otras.

Mi felicidad fue mayúscula  
 y se llenó de gozo el corazón  
 si se puede hablar de corazón  
 en un ser que nunca se ha excitado  
 ni con las caricias eróticas del viento.  
 No soy  
 me dije  
 un árbol al que le **acaecen** flores  
 sino que **decide** flores.

Los pasos siguientes fueron más sencillos.  
 Que se me ocurría crecer por ejemplo.  
 Me concentraba.  
 Pensaba en las nubes  
 y conquistaba uno o dos centímetros.

En la noche cuando no había ningún curioso  
 creaba frutos  
 los destruía  
 me los pasaba de una rama a otra.  
 Y hasta descubrí la manera  
 de hincarles el diente.

Llegó el momento  
 en que todo o casi todo  
 era producto de mi libertad  
 de mi opción  
 o de mi juego.  
 Soy un árbol que ha creado  
 su tronco

su ramaje  
su clorofila  
sus nidos  
sus aves  
sus gorjeos  
y su sombra.

Pero nadie lo advierte porque  
si decido crecer

se piensa  
que la germinación me obliga a ello.

Si opto por florecer  
por repujar mis ramas de pequeñísimos milagros  
que la botánica es la responsable.

Aún más.

Creo que cuando tome mi principal decisión  
no dejará de haber un leñador a mi vera

que hacha en mano

haga pensar a todos

que fui vulgarmente derribado

y no que

hambriento de rumbos

concentré mis fuerzas

apreté los músculos

y di

mi primer paso.

## EN EL MERCADO

Entre el puesto de dulces  
y el de verduras  
se coloca el vendedor  
de palabras.

Después de ordenar la mesa de sus productos  
tender el toldo contra el sol  
y acercarse la silla  
se pone a pregonar:

¡Pase a comprar su palabra preferida!  
¡Palabras narcotizantes para combatir  
el dolor de muelas!  
¡Palabras para la nostalgia crónica!  
¡Palabras para escudarse de la agresión  
de otras palabras!

Si un cliente se interesa por la mercancía  
el vendedor aprehende con unas pinzas  
la palabra seleccionada  
la desempolva  
la envuelve  
y la entrega al comprador  
acompañada de unas instrucciones  
para su uso.

Hay vocablos en efecto  
que deben ser dichos poco a poco  
como deletreando la fuga  
de la emoción saboreada.  
Otros deben salir de golpe a la intemperie  
con su breve bufanda de saliva al cuello.

Cuando termina el día  
el mercader levanta su negocio.  
Se echa su morral de vocablos a la espalda  
y parte en busca de otros pueblos.  
Por las noticias que nos han llegado  
se puede asegurar

que este vendedor  
 en unos pocos meses ha ido destruyendo  
 punto por punto  
 población tras población  
 grandes comarcas de silencio.

## DISCURSO DE JOSÉ REVUELTAS A LOS PERROS DEL PARQUE HUNDIDO

Compañeros canes:

Aprovecho esta concentración  
 para tomar por asalto la palabra  
 y decirles mi desdén, mi resistencia, mi furia  
 por la vida de perros  
 a que se les ha sometido  
 y que ustedes aceptan  
 sumisamente  
 con una larga, peluda y roñosa  
 cobardía entre las patas  
*(animación en el parque).*

Camaradas perros callejeros:

¿Van a continuar luchando unos con otros?  
 ¿Van a rodear el hueso  
 el pobre hueso conquistado,  
 con la cerca de púas  
 del gruñido?  
 ¿Y lanzarse a dentelladas  
 contra el que también vive las manos del hambre  
 cerrándose en su cuello?

Ah mis pinches

mis bonitos perros:  
 ¿qué pasó con la táctica?

¿dónde sus olfateos de dialéctica?  
 Cada uno de ustedes ha acabado por ser el ámbito  
 en que sólo las pulgas están organizadas  
 autogestivamente.

Algunos  
 (*ya los conozco*)  
 pretenden luchar  
 para que el número de Sociedades Protectoras  
 de Animales

aumente al mismo ritmo  
 del crecimiento demográfico  
 de los perros.

Canallas.

Otros  
 por el mejor trabajo  
 de los veterinarios.

Sinvergüenzas.

Unos más  
 porque las vacunas antirrábicas  
 se repartan a pasto.

Farsantes.

(*murmillos de aprobación*).

Camaradas perros:

Ustedes lo saben mejor que yo.

Lo espío ya en sus ojos:

hay que hacer a un lado la perrera egoísta  
 o el árbol por la individuación humedecido.

Desenterrar el hueso colectivo del atreverse.

Darle existencia histórica a las fauces

y soltar las tarascadas

en el número preciso requerido

para el triunfo.

Yo lo he soñado así.

En mi puño mi fuero interno mis lágrimas  
 clandestinas

yo he pensado que llegará un día

camaradas

en que por fin no sea

el perro hombre del perro  
(*ladridos entusiastas*).

Mas quiero algo decirles.  
En esta lucha.  
En este joderse.  
En esta pasión  
no vaya a ser que otros les coman el mandado.

No vaya a ser que los perros guardianes.  
No vaya a ser que los perros de presa  
o los perros policía.  
No vaya a ser que los canes cultivados  
los que cuelgan su rosal de ladridos  
en medio de los jardines.  
No vaya a ser que los advenedizos  
los que sólo hasta ahora merodean  
a sus propias mandíbulas y dientes.  
No vaya a ser.  
No vaya a ser que aquellos  
cuando ustedes destruyan este mundo  
se erijan en los nuevos mandarines  
chorreantes de colmillos  
y que ustedes se queden  
sufriendo nuevamente  
su existencia de perros  
(*aullidos exaltados*).

José guardó silencio.  
Bajó del montículo que le servía de estrado.  
Y una insinuante perra que atravesó la calle  
le dio en la madre al mitin  
a la pálida flor de la justicia  
a la solemnidad del crepúsculo  
y a la conciencia de clase  
que fugaz  
se había encendido  
en esta efímera concentración  
de perros callejeros.

## INVITACIÓN

Con la caña en las manos, la carnada  
de la paciencia puesta entre las sienas,  
pesco dentro de mí, pesco en el lago  
de mi vida interior, mi ser de niño.  
Lo saco lentamente. Lo contemplo  
roto, enlamado, viejo.  
Le doy respiración artificial.  
Lucho por conquistarlo,  
le pregunto a las fosas nasales de su pulso.  
Se anima poco a poco. Poco a poco.  
Lo acorralo en sus sílabas primeras.  
Entiendo su dolor. Oigo su grito.  
Hojeo lentamente sus sonrisas.  
Me aprendo de memoria la secuencia  
de sus respiraciones.

Hoy hay fiesta en mi pecho.  
Se invita a los adultos  
que gustan del deporte de la pesca.



## ANTESALA

Tras el asedio y el asalto al cielo  
 fue la sentencia y la deidad vencida  
 por una ráfaga sin fin de tiempo.  
 Perfecto crimen, que instaló al deicidio  
 como una más entre las bellas artes.  
 Es necesario interrogarse ahora  
 sabuesamente por el asesino,  
 y darse cuenta que se hallaba oculto  
 en un resquicio de su propia astucia.  
 No fue la tierra. Ni tampoco el viento.  
 No la campiña, ni la luz, ni el agua.  
 No fue ninguna de las leyes físicas.  
 Ningún gruñido resultó culpable.  
 Por obra y gracia de los hombres;  
 pero de los rebeldes, de los siempre audaces,  
 de los dispuestos a retar a duelo  
 al infinito mismo, Dios fue roto.  
 destruido sin piedad, diezmado  
 hasta volverlo nada, casi nada;  
 polvo divino disipado luego.  
 La humanidad se despobló la frente  
 de la confianza, de la sed, del sueño  
 de que hay detrás de nuestras manos, otras,  
 blancas y finas, que comandan siempre  
 nuestra conducta, nuestro obrar constante.  
 Pueblo sin Dios, de libertad preñado:  
 cada sujeto ya no carga en hombros  
 de su creencia (su objetivo templo)  
 el campanario de estruendosos dogmas.  
 Hoy las palabras, al orar, persiguen  
 no a la invisible beatitud teológica,  
 no al crucifijo en que se vio clavado  
 el Infortunio colectivo un día,  
 sino a las manos, al cerebro en llamas,  
 al corazón que está pasando lista  
 a sus virtuales decisiones. Pueblo  
 sin Dios que busca derrotar sus monstruos,  
 abrirse paso entre el caudal de furias

que lo amenazan, amedrentan, hieren.

Abrirse paso destruyendo todas  
las telarañas que cobija el cráneo  
o las serpientes que a los pies colocan  
la zancadilla del veneno.

Larga  
marcha será la que su pie transite  
para llegar a la promisa tierra:  
el porvenir confiscará los pasos  
de la incansable procesión, y un día  
renunciaremos al dolor de bestias  
para empezar a padecer como hombres.

## EL POETA

En la sala de mi casa dormitan varios muebles.  
También hay muchos besos y palabras untados en los  
muros.  
Hay una vieja lámpara, que carraspea resplandores,  
y se pone a hablar del día a las altas horas del poema.  
En mi sala, los retratos familiares  
ponen aquí y allá sobre el bargueño,  
las repisas y los taburetes,  
toda una galería de cromosomas  
ensartados por un aire de familia.  
Y lo diré también: mi sala está amueblada  
por mi propio desorden.  
Tiene sillas libreros: sillas en donde Góngora  
duerme sobre Sor Juana a pierna suelta.  
Y en que Marx alza en hombros a Bakunin.  
Una mesa en que mi angustia  
busca, con su pesada sien, en la madera  
un urgente regazo.  
Un piano compasivo que me toma  
de los dedos, que toca  
alguna breve y extraña melodía  
sobre mis uñas, y me lleva  
a las noches en los jardines de mí mismo.  
En mi sala hay tantas cosas.  
Pero lo decisivo es el teléfono.  
Oh nido de palomas mensajeras.  
Almacén de los espacios.  
Aeroplano doméstico.  
Pista de aterrizaje del aliento.  
Juguete de los niños que sienten cosquilleos  
de saltar a ser Dios.  
Arriesgo, con el teléfono  
mis primeros pasos de ubicuidad.  
Mi sala está habitada, de pronto, por un timbre.  
Corno si se encendiera una bombilla  
dentro de cada sueño,  
vuelve toda mi sala a sus cabales.

El cuarto, electrizado,  
se convierte en ademán imperativo  
de mi presencia rápida.  
¿Qué se oye? Es la sirena  
de un pequeño vapor que está arribando  
al puerto de mi mar de incertidumbres,  
o acaso una ambulancia, un carro enfermo,  
cáncer en estampida,  
que aúlla adolorido  
por las calles de Dios o por las calles,  
seamos más exactos, de la nada...  
El monstruo, en fin, de la sorpresa  
que quién sabe por qué pudo enterarse  
del número que tiene,  
caja fuerte del alma, mi teléfono.  
La campanilla de larga distancia es intermitente,  
distinta, inconfundible,  
como un grillo irritado, tartamudo.  
Salva montañas. ríos, continentes.  
Recorre el mapamundi en menos del cantar  
de un parpadeo.  
Hace jíbaros de agua,  
al convertir en charcos los océanos,  
el mural espumoso en miniatura  
donde sólo un gusano de burbujas  
aletea.

En veces, en mi teléfono,  
suena un timbre de infinita distancia.  
No trae la llamada de una alcoba citadina.  
Ni tampoco de alguna provinciana  
con el acento de su propia lejanía.  
No me arroja tampoco  
una parte de Europa hacia mi sala.  
Viene del infinito.  
Y se anuncia con un timbre singular,  
como si le diera  
luz verde a alguna ráfaga inaudita  
de sonidos armónicos.

Cuando suena el timbre de infinita distancia,  
levanto el audífono  
y alguien o algo me dicta estos poemas.  
Oh musa telefónica.  
Yo traigo mi papel y ruego que no cuelguen.

Y así por intermedio del teléfono,  
de su timbre de infinita distancia,  
de este juguete, en fin, de ubicuidad,  
deletheo un poema, ya se sabe,  
que es de nunca acabar, de nunca serlo.

Pero a veces me ocurre  
que salto hacia el teléfono  
con hambre de metáforas y una extraña  
sensación de vacío de infinito en el estómago  
y tan sólo puedo comunicarme con mí mismo  
porque ni suena el timbre de otro mundo  
ni quiere el infinito darme línea.

## A ORFEO SE LE ACABÓ UN DÍA EL TIEMPO

A Orfeo se le acabó un día el tiempo.

    Cuando quiso tomarse el pulso  
comprobó que la nada carece de latidos.

    Hizo una larga caminata  
a través de sus párpados cerrados  
    hasta dar con los Hades.

Llegó a los Campos Elíseos  
y buscó a Eurídice por los cuatro puntos cardinales  
de la eternidad.

    A todo mundo preguntaba:

    ¿Han visto a mi amada?

    ¿Hay un lugar de este espacio  
donde la soledad no ejerza su monarquía?

    Todos se alzaban de hombros.

Pero Hermes, que venía departiendo con Eros,  
le espetó: pero ¿ignoras que Eurídice  
fue resucitada?

    Y otra vez la misma historia.

    Cuando Orfeo vivía, Eurídice se hallaba  
arropada en la mortaja.

    Cuando Orfeo murió, Eurídice fue  
reintegrada a la vida.

    Un suplicio más.

    Producto de la falta de puente  
entre el mundo de los vivos  
y el mundo de los muertos.

    Y Orfeo, mirando la frontera,  
gemía: ¿cómo salvar al grosor  
    de lo imposible?

## EN UN HOTEL

En un hotel de mala muerte  
 puede ocurrir un milagro.  
 Puede un poeta un gran poeta  
 tomar a Beatriz del talle  
 pagar una módica suma por un cuarto  
 subir los escalones respirar muy hondo  
 y entrar al cielo.

En un hotel de mala muerte  
 pueden Dante y Beatriz  
 destruir a dentelladas el amor platónico  
 pueden llenarse de insectos azulísimos los ojos  
 salir a cazar tacto salvaje  
 y sentir la noche oscura del cuerpo  
 incendiada de cocuyos.  
 Pueden hacer a un lado la historia los tercetos el  
 cristianismo  
 pueden verse provocativamente  
 correr a toda velocidad hacia sus manos  
 lanzarse al precipicio de la cama.

En la silla la ropa descarnada de los dos  
 se confunde.  
 Las mangas de la camisa  
 rozan lujuriosas el corpiño y las medias.  
 La camiseta enredada en las bragas  
 alcanza una alta cifra de excitación  
 y en los pantalones que cabalgan en las faldas  
 es posible escuchar  
 los jadeos de la tela.  
 Beatriz siente de pronto en la epidermis  
 en el cuello en las piernas en la corteza cerebral  
 que a la vuelta de la sábana  
 tropieza con Ulises.  
 Que el beso incandescente  
 que le inflama los bordes del asombro  
 la convierten en Helena o Deyanira.  
 Que la eyaculación galáctica proviene de Hércules.

Que ella es Dulcinea  
o que él es Quetzalcóatl  
o que ambos o que ninguno  
o que todos  
están en esa cama  
viviendo y encarnando los amores  
terrenales  
de Dante y de Beatriz  
que en un hotel de mala muerte  
pudieron  
tras de pagar una módica suma por un cuarto  
subir los escalones  
respirar muy hondo  
y entrar al cielo.



## ESTE PUÑO SÍ SE VE

Quiero hacerme a la calle a protestar.  
Aunque sea una marcha de una sola persona,  
una conspiración minúscula,  
la perfectamente ridícula guerrilla  
de mi furor casero.  
Avanzaré con el puño en alto,  
coreando, solo, consignas incendiarias  
contra el imperio, la explotación ambiente,  
las turgentes banderas  
donde se ha desteñado la esperanza  
y el rojo se agazapa en el rosado.  
Avanzaré, resuelto,  
la pancarta adolorada de mi frente,  
yendo desde mi audacia al mismo zócalo,  
desdeñando la zarpa granadera  
que me puede arrojar a promover  
un plantón energúmeno  
de lágrimas forzadas.  
Haré al final un mitin rapidísimo  
donde hablará un relámpago.  
Y me iré a recoger allá en mi alcoba.  
allá en mi soledad,  
allá en la madriguera, en fin, del yo,  
para depositar sobre la almohada  
la destrucción del mundo.

## BALADA

En nuestra América, donde los muros  
 sirven para inscribir  
 un rechinar de dientes,  
 el gruñir de las rodillas en el polvo,  
 una injuria expansiva de nunca acabar,  
 los *mueras* y los *vivas* que son gritos,  
 callados por la piedra, pero gritos.  
 Donde, a la vuelta de la calle  
 nos hallamos paredes  
 en que el asco pintó sus acuarelas  
 o el coraje, logrado al exprimir los puños,  
 proyectó sus murales.  
 En nuestra América,  
 donde a la mitad de un encalado  
 aúllan a la luna los estómagos vacíos.  
 Cortan cartucho las ojeras  
 o se lleva al paredón por lo menos el nombre del tirano,  
 hallamos a veces un imprevisto: «Te amo, Teresa»  
 o «Guadalupe, nunca te olvidaré».  
 Y ante este espectáculo hay que interrogarse:  
 ¿por qué algunos necesitan  
 exponer a los ojos de toda la ciudad  
 los tatuajes de su alma?  
 ¿Por qué algunos,  
 en medio de los fogonazos de las pasiones civiles,  
 entonan, en primera persona de ternura, una balada,  
 un hilillo musical que nace en la boca del yo  
 para escudriñar en el tú  
 el bendito agujero de la oreja?  
 Y la respuesta no tarda en presentarse:  
 si hojeamos las paredes de la ciudad  
 vemos que no sólo hay muros violentos,  
 argamasa y pintura salpicada de entrañas  
 o sílabas leprosas de impotencia,  
 sino paredes líricas  
 que quieren aletear con sus letreros.  
 No sólo hay odios, demandas de justicia, barricadas,  
 sino citas, ensueños,

y hasta algunos suspiros  
que intentan, con su granito de aire,  
ayudarle por lo menos al viento  
a limpiar el smog allá en las nubes.

## EL REGRESO

Hay quien saca a pasear al parque  
a su perro, su gato, su nostalgia.  
Tú y yo, en cambio, ayer por la noche  
sacamos a pasear al *nosotros*.  
Iba junto a los dos,  
sin confundirse ni contigo ni conmigo.  
A decir verdad era un *nosotros*,  
con muy poco de tiempo gateando en sus entrañas  
pequeño, torpe, tartamudo,  
que apenas sabía dar unos pasos  
y difícilmente nos seguía.  
A veces se tomaba de mis dedos  
y cuando me sentía distraído  
me jalaba de la manga,  
de los bordes de la atención,  
para que volviera hacia él,  
enredada en las pestañas,  
la mirada solícita.  
Otras veces se iba junto a ti  
traduciendo sus pasos  
en carreras y carreras  
para ir a la par de tu odio  
por las tortugas.  
Al poco tiempo,  
el *nosotros* empezó a crecer,  
a echar vida,  
a multiplicar sus exigencias.  
Entonces lo cargamos,  
lo colocamos entre los dos,  
nos lo pusimos,

y al tornar del parque, hacia la madrugada,  
ya no éramos un *tú* y un *yo*  
que sacan al *nosotros* a pasear  
sino simplemente éramos nosotros  
que regresábamos a casa.

## ARS POETICA

En el jardín,  
las flores no compiten unas con otras.  
El jardinero no se anda organizando  
concursos de belleza.  
La rosa no luce una vitrina plagada de trofeos.  
ni cuelga, en alguna de sus espinas,  
la medalla del primer lugar,  
el privilegio de sentarse a la diestra del infinito.

La gardenia no lanza bravatas de perfume,  
parada de puntas en su megalomanía,  
contra las violetas y sus pobres vestidos de percal.  
La magnolia no vive en un superlativo.  
Ni su perfume es un incienso  
por fin canonizado.  
Los azahares no pretenden  
lanzar el do de pecho de un aroma  
sintonizado en lo perfecto.  
En el jardín,  
no hay una sola flor monárquica:  
ninguna tiene el atrevimiento, la soberbia  
de pensarse «la belleza soy yo»,  
«soy una coartada para entrever el paraíso»,  
«soy un poco de Dios que ha germinado».  
En el jardín nadie pretende  
hacer juegos florales,  
ni jugar a las vencidas con sus pétalos  
o sus perfumes.  
Nadie carga en hombros al narciso.  
No se le pagan horas extras al hueledenoche.

No se le levanta un brazo al heliotropo.  
No se le da un diploma de perfección  
a la azucena virgen  
y su congregación de hostias.  
No hay una mafia de mastuerzos, magnolias y petunias  
para encumbrarse sobre las margaritas  
y los girasoles.  
En el jardín  
cada flor tiene su espacio, su terreno,  
su pedazo de estética.  
La fresca calidad que la hace única.  
La maceta es un nido donde aprenden  
a dejar de volar todas las aves  
y a soltar sus gorjeos de perfume inédito.

No hay en el jardín  
un par de musculaturas que midan sus fuerzas.  
No hay, como en el estadio, dos luchadores que  
busquen,  
como par de estrellas esgrimiendo rayos,  
y en la enredadera de su lucha libre,  
la flor cuantitativa de su triunfo.  
Seguro de ganar, el discóbolo graba el tarareo  
de su cantar victoria en cada disco.  
Sueños hay de victoria  
que, débiles, se pierden  
en cualquier vericuetto de la anemia,  
mientras que otros se forman  
con un cerrar más fuerte de los párpados.  
La lucha, la competencia,  
el «a ver quien llega primero al crepúsculo»  
o el «corramos de tal modo  
que no pueda esfumarse un espejismo»  
son, en el estadio,  
la ley, la lógica, la vida,  
el mundo de los rápidos, los fuertes, los hábiles,  
los que quieren aventajar al otro,  
ganarle por un sueño,  
y sentir que su yo, su pobrecito,  
se transforma en un héroe:

salta desde la mosca hasta la araña,  
desde el miedo hasta el ogro,  
desde el tiempo arrodillado en el espacio  
hasta el Señor que dice  
las leyes naturales.

El arte es un jardín.  
No un ámbito de lucha de todos contra todos  
donde la flor es loba de la flor.  
En él no hay vencedores ni vencidos.  
Por lo que más se quiera, no se siga  
pensando en un hipódromo de ráfagas  
cuando hablamos del arte.

Cada creación  
emprende, allá en su tiesto o su parcela,  
su manera muy propia, incomparable,  
de andar por este mundo,  
de repartir belleza a domicilio,  
a nostalgia de luz,  
a niña de ojos.

## EL DILUVIO

*Homenaje a Hegel*

El diluvio se inició hacia la madrugada.  
Los primeros indicios de la aurora nacieron  
anegados.  
El agua tuvo la pretensión de sustituir a la  
atmósfera.  
En las fosas nasales empezaron a germinar florecillas  
silvestres.  
Entre el palo mayor y el ancla,  
el viejo dio los últimos retoques a su temeridad.  
Y con su voz de bajo bíblico  
conminó a todos los seres a penetrar en parejas a su  
arca.  
Entraron el día y la noche.  
La izquierda y la derecha.  
El arriba y el abajo.  
Tú y yo.  
Él y ella.  
Nosotros y ustedes.  
Ellos y ellas.  
Nuestro hombre  
logró salvar del diluvio la dialéctica.

## EPÍLOGO

En el archivo de las sienas  
reuní las pruebas  
y los testimonios irrefutables:  
hice, de estados de ánimo, un jurado,  
inicié el juicio,  
coloqué mis hemisferios cerebrales  
en los platillos de la balanza,  
y dicté  
contra quien se empequeñecía en el banquillo de los sospechosos  
la sentencia a muerte.

Era el mundo.

El mundo de los nombres y pronombres.  
El mapamundi del asco.  
Los cinco continentes del apocalipsis.  
La caja de Pandora  
de la liberación de una energía  
putrefacta.

    Mi sentencia fue a muerte.

Y el mundo fue ejecutado  
ayer en el crepúsculo.

    Por eso, queridos lectores,  
ustedes y yo,  
hemos perdido tierra,  
sentimos los bolsillos retacados de nubes,  
y gravitamos en medio  
de la atmósfera espectral  
de la poesía.



## CUANDO ADVIENE LA INCREDULIDAD

¡Qué derrumbe!  
¡Qué aguacero de dioses!  
¡Qué lodazal formado  
con el agua iracunda  
del Diluvio!  
¡Qué cielo  
con los pies de barro!

## TRIÁNGULO

Nos revolcamos en el lecho  
la culpa, tú y yo.  
¡Qué intercambio, amor mío,  
de fronteras!  
Durante horas  
tiene lugar  
la lucha carne a carne  
entre el pudor  
y la audacia.  
De pronto  
unos zapatos se alejan corriendo  
un adiós se unta en las paredes  
la prisa se transforma en portazo  
y yo me quedo en el lecho  
revolcándome con la culpa.

## UNA COMPARACIÓN

Materia, estás en insondable desventaja  
 con la divinidad.  
 Nunca has enviado a un hijo tuyo a redimirnos.  
 Nunca has sido crucificada.  
 Nunca serás un laboratorio de milagros.  
 No hay una sola iglesia en el globo terráqueo  
 dedicada a glorificarte  
 ni a ensartar, flechadora del cielo,  
 las preces en los tímpanos escurridizos  
 de la primera causa.  
 No existen plegarias con pulmones de nunca acabar  
 para invocar tu nombre.  
 En ningún púlpito se leen versículos  
 de *El origen de las especies*.  
 No hay un solo canto gregoriano  
 que hable de los trilobites  
 o del ácido desoxirribonucleico.  
 En las pilas de agua bendita  
 nunca hay agua de mar. Nunca hay oleaje.  
 En los órganos, ahítos de Divina Providencia,  
 jamás se escucha la música de los astros  
 y el ruido y sus armónicos  
 del vendaval que derrota al follaje y al silencio.

No nos prometes otra vida,  
 tener, de corazón, un ave Fénix.  
 ni liberar al tiempo que se encuentra  
 en el punto final acurrucado.

Estás en insondable desventaja  
 con el Señor de los ápices y las galaxias  
 porque tu pesebre está perpetuamente crucificado.  
 Pero tienes ganada la partida,  
 pues, ¿qué puede el Rey de Reyes,  
 el ser que padece delirio de absoluto,  
 el ente que presume conocer la ecuación de lo  
 perfecto,

frente a ti que, siendo la clave para descifrar todo  
enigma,  
siendo el campo de batalla de las huestes de Heráclito,  
te deslizas o corres, sudando eternidad,  
sin dar nunca de bruces  
en una dilución o un epitafio?

## VICENTE HUIDOBRO

Como una dura exhalación volante  
cruza del aeroplano la silueta.  
Baja un paracaídas y un poeta  
y prosigue su ruta trashumante.

El lírico despojo, luz mediante,  
el derrumbe del ángel reinterpreta.  
Caída al lodazal de este planeta  
desde un altivo gesto desafiante.

Yo soy ese poeta, y es mi abismo  
la sentencia sin fin; mas soy un bardo  
rebelde sin cesar en mi ostracismo.

Rebelde, con la furia en los nudillos,  
porque me di en poner y ahora guardo  
menudencias de cielo en los bolsillos.

## LA OPERAMADA

Después de descifrar el himensaje  
que puvislumbra el ojo cuando espía  
la intihumedad caliente de tu estría,  
me sé medicorrecto en blanco traje.

Receto pomamadas y masaje,  
dulzocitorios tibios y sangría  
y ante la paridez, la cirugía  
que convierta el follar en un follaje.

Preparo el bisturí. Lo erectotomo.  
Desinsecto mis manos y me asomo  
a tu camiyacente gozaltante.

Y al cuchillido. abierta a los deseos,  
huracamando el mar de tus meneos  
sufres mi opiernación orgasmojante.

## METAFÍSICA URBANA

Llegué, como todas las mañanas, todos los días, a la pinche terminal de los autobuses para comenzar mi recorrido, mi chamba de un día sí y otro también. Agarré con las manos entumecidas el volante desde las cinco o antes o eso parecía por la oscuridad.

Calenté el motor y salí como alma que lleva el diablo. Dentro de un rato el pasaje ojete va a llenar el camión. Y tengo que manejar y cobrar y cobrar y manejar. Dentro de un rato, maldita sea, esta nave va a ir atiborrada de gente como un mitin ambulante. No voy a poder respirar. Me puse a pensar en una bufanda. De esas calentitas de colores chillantes. Palabra que vendería mi alma por una bufanda. Nadie en la esquina. Disminuí la velocidad. Si al menos el café con leche no hubiera estado frío, pero la canija Chole siempre a destiempo, sin atenderlo a uno. Di vuelta a la derecha. Aplasté el acelerador. En la esquina no me esperaba ni un alma. Empecé a canturrear. Privilegio de la soledad es hacerle un rato al Jorge Negrete, al Pedro Infante, al Javier Solís. Atravesé no sé cuántas cuadras sin que un solo pasajero me hiciera la parada. A eso de las 5.15 la cosa me empezó a llamar la atención. ¿Qué mosca le picó al pasaje? ¿A todo mundo se le pegaron las sábanas? Me puse a caminar lentamente, casi a vuelta de rueda, y a pensar en el regaño de mi viejo, y darme de nuevo coraje porque se entromete en mis cosas y qué carajos le importa que yo me pase hablando muchas horas con la vecina. A lo lejos, a la mitad de la avenida, se distinguía el punto. Era un punto que movía la cola y caminaba distraídamente. Bajé la velocidad. Pisé el freno suavemente. El punto fue engordando, por uno de sus poros soltó un ladrido y le pude ver los ojos azorados y suicidas. Frené violentamente. El perro salió hecho una estampida dejando a sus espaldas el espectro de su espanto. Me detuve en la esquina con la doble intención de reponerme del susto y de esperar al pasaje. Pero nadie se acercaba a mi jet. Ya había gente en la calle. Ya un periodiquero le estaba salpicando los canes a una criada tempranera que iba al pan. Ya unos niños, con las narices rojas, marchaban en fila india hacia la escuela. Un hombre, trasnochado, cargaba con dificultad su máscara de alcohol, culpa y ojeras. Después de esperar uno o dos minutos en la esquina, apachurré el acelerador. Y sentí que algo raro pasaba ese día. Todo parecía igual. El sol, en el horizonte, haciendo de las suyas. Los coches a mi lado, ruidosos, tensos y agresivos como siempre. Una poca de gente yendo y viniendo igual, exactamente igual que todos los días. La rutina como pan nuestro. Todo parecía lo mismo, pero, el que nadie subiera al camión, el que después de tantas cuadras de la terminal, siguiera mi poderoso vacío, me pareció raro. Es algo

que sucede, me dije. Dejé de pensar en ello. Carajo, la vecina está corno quiere. Qué padre ayer en la noche. Voy a volver a pensar todo, con detalle, como si alguien me lo contara. Subí por la escalera. Desde el techo de mi casa vi su ventana. La vi llegar. Se estuvo peinando o arreglando el pelo. Se desvistió despacito. Qué chulas piernas. Y las chichis. Nunca hubiera imaginado lo grandes, blancotas y duras que están. La canija apagó entonces la luz. Mi máquina, vacía, iba corriendo al par de un delfín atestado ya de pasajeros. El contraste me hizo recapacitar en que algo pasaba. Consulté el regalo de cumpleaños de mi padre. Llevaba media hora de recorrido y nada. La cabeza me empezó a dar vueltas.

En las sienas sentí el pulso de las arterias. El que un camión, a la cuarta parte de su travesía, fuera vacío, me empezó a parecer escandaloso. Era como si un día amaneciera el Defe sin su catedral.

Imagínate que te despiertas temprano. Te bajas en la parada del zócalo, buscas el reloj de la catedral y anda vete de catedral. O es como si empezara a llover jugo de naranja y todas las señoras sacaran su vaso por la ventana al acercarse el desayuno. O es como si el presidente de la República amaneciera sin el dedo que da el dedazo. Mi imaginación, mis comparaciones me distrajeron y hasta me hicieron reír un poco. Pero cuando volví a la realidad, cuando caí en cuenta de lo extraño y absurdo que resultaba ir al volante de un «camión vacío» me volvió a sofocar la angustia. Afortunadamente un hombre en la esquina me hizo una «parada».

Todo volvió a serenarse. La normalidad ordenó nuevamente las cosas. La catedral volvió a su sitio. El jugo de naranja fue ordeñado otra vez en sus tetas naturales. El presidente de la República pudo con satisfacción contar en su mano cinco dedos. En la esquina estaba un hombre, con el brazo levantado, con un gesto tan seguro, tan tranquilizador, tan definitivo, que probablemente hasta las ráfagas del viento pensarían en detenerse. Yo aplasté el freno como quien aplasta el gusano de una velocidad enferma, de un movimiento repulsivo. Me acerqué lentamente a mi futuro pasajero. Se diría que mi nave empezó a coquetear con él. A abrirle los brazos. El sereno, seguro de sí mismo, con gestos de gran resolución, subió el primer escalón de mi máquina. Pero en ese momento una mujer, que venía corriendo hacia nosotros, gritó: ¡Rodolfo, Rodolfo! Bájate, quiero decirte una cosa. ¡Rodolfo! por lo que más quieras... Mi pasajero se bajó precipitadamente y se dirigió hacia la mujer. Yo, confundido, no pude menos que acelerar. Y acelerar con mi camión vacío. Y cuabras y cuabras se me vinieron encima. Y fui devorando poco a poco mi ruta. Entré al centro y a las calles más populosas y transitadas. En las banquetas deambulaban, de un lado y otro, multitud de peatones. En las calles los autos, las camionetas y los autobuses se pisaban los talones, se gruñían, se lanzaban tarascadas. Todos

iban repletos, colmados, estallando gente. Pero yo, mi nave, mi instrumento de trabajo, íbamos, continuábamos yendo, vacíos, terrible, incomprendible, absurdamente vacíos, como si se tratara de un camión apestado. Unas mujeres estaban en la próxima esquina. Respiré un instante. Pero empezaron a caminar hacia una calle que no estaba en mi itinerario. Las seguí una cuadra, dos... Me acerqué a ellas. Las invité a subir. «Las llevo a donde quieran», les dije lleno de esperanzas. Pero ellas se encabronaron. «Es el colmo, gruñó una, ahora hasta nos siguen los choferes con todo y autobuses». Volví, cabizbajo, a mi ruta. Sentía mareos, con la frente encendida y las manos empapadas. Dos horas, tres. Es imposible. ¿Qué pasa? Virgencita de Guadalupe: haz que en la próxima esquina se suba alguien, aunque sea una sola persona. Haz que vuelva lo cotidiano, lo normal, lo conocido. ¿Por qué nadie sube? ¿Por qué nadie me reintegra lo habitual? Y preso de ansiedades, como un mártir flechado de preguntas, divisé a la distancia, con los brazos abiertos del buen puerto, por fin mi terminal.

## LA TORRE DE BABEL

Albañil con delirio de grandezas.  
Constructor incansable de la torre  
de no acabar. Impulso que reúne  
su mezcla de alma y cuerpo en cada adobe.

Aeronave lentísima que escala  
por terribles centímetros al cielo,  
y en que hemos ido alzando, sediciosos,  
la primera escalera hacia lo eterno.

De repente un relámpago y sus quejas  
de timbal malherido, nos aturde  
rugiéndonos que somos en pecado  
que si el orgullo y la ambición discurren

con el turbión de sangre de las venas,  
acabarán por ser tan sólo un coágulo  
de glóbulos blasfemos, un olvido  
del dedo omnipresente del decálogo.

Pero estoy, junto a todos, mano a la obra  
más que para ascender, para que lo Alto  
pueda por fin bajar hacia nosotros  
trayendo el más allá bajo del brazo.

Qué temor, al dejar anclado el suelo,  
cuando el mal de montaña o de infinito  
nos ahoga el propósito y nos vuelve  
en una procesión de peregrinos

con los pies amarrados y los ojos  
viviendo una zozobra de galaxias,  
subiendo, no subiendo, con el cuerpo  
jugando a ser grillete de las almas.

Los vocablos encuentran en su carne  
los poros del aullido. Y hay personas  
que exigen un micrófono y se quedan



en medio de un desierto hablando a solas.

Alguien pensó de pronto: lo que faltan  
son traductores: hombres empeñados  
en arrancar la máscara a las frases  
(que ladran diferencias) de lo extraño.

Pero los traductores, sorprendidos,  
ven la inutilidad de sus esfuerzos  
cuando, pasión en ristre, nos dan sólo  
diferentes versiones del silencio.

Mi hermano, ya no entiendo lo que dices.  
Tu lengua amasa sílabas y gritos  
de chasquidos ignotos y sus letras  
se escurren sin cesar de los oídos.

En tu voz y en tus labios ya no advierto  
cuando estás frente a mí, sino tu espalda,  
la inquietud de tus pies, las estridencias  
volcadas a morder tu pentagrama.

Ay, hermano, no escucho lo que gritas.  
Tu alma me es expropiada por la bulla.  
Me encuentro de rodillas, suplicando  
que a la voz de mis tímpanos acuda

un vocablo no más, pero un vocablo  
familiar, cotidiano, tuyo, mío,  
para restablecer la especie humana,  
la hermandad de la oreja y el sonido.

Amada mía, deja a mi cuidado  
tus palabras. Acércate. No escucho  
qué murmuras. No capto sino estática,  
el ruido de los astros en su mundo

inasible, lejano, en otro idioma,  
y desterrado siempre hacia el afuera.  
Háblame con los ojos si no puedes

tener apalabrada con tu lengua  
(cuando se halla mi oído arrodillado)  
tus mensajes, tu código, nuestra habla  
confidencial, con sus misivas de aire  
y sus letras que vuelan en bandada.

Mujer ¿qué se ha interpuesto entre nosotros?  
¿Un alambre de púas o gruñidos  
que mastican su cólera y prohíben  
la entrada a tus recintos?

y tampoco comprendo qué musita  
este poeta que anda aquí en mi pecho  
versificando estrépitos o ruidos  
e impostando vocablos extranjeros.

No sé lo que mascullo, y aunque instalo  
en todo lo que soy mi oído interno,  
advierto sordomudas mis entrañas  
y hablo con bocanadas de silencio.

Poco a poco también se vuelve extraño  
el lenguaje de Dios, roto, perdido  
en un acento ignoto que le brinda  
a su predicación el infinito.

Cuando suelta su voz, yo no le entiendo  
una sola palabra al absoluto.  
Aunque tengo una antena para hacerme  
de pedazos de cielo, no disfruto

de los versos que dicen que Dios forja  
en sus momentos de alegría plena.  
No doy con el canal de lo perfecto.  
Mi oído sólo advierte la cadencia

de voces que se rompen, chocan, ruedan  
hasta formar un nudo de alaridos  
incoherentes, que bajan de la torre  
para untarse de polvo en los caminos

El sordomudo altísimo del cielo  
envuelve en mortecina luz su indicio  
Ya el radar de la torre no registra  
ningún aletear de lo divino.

Tiembla de pronto. Todo se conmueve.  
¡Qué colapso! ¡Qué torpe ingeniería!  
Caen piedras y esfuerzos.

Y prosigue  
la confusión en medio de las ruinas.

## HAREM DE ESPERPENTOS

Don Juan no supo cómo detener  
el paso de los días.  
Ni donde guarecerse  
de la lluvia torrencial de segundos  
que se le vino encima.  
Fue entonces que,  
espiando a izquierda y derecha,  
como si se cuidara de que nadie lo viese,  
entró con paso firme  
a la tercera  
edad.  
A la tercera.

Al principio, los cambios fueron irrelevantes:  
las arrugas de la frente,  
el archipiélago de manchas en las manos  
y la propensión a contar  
una vez y otra y otra  
la misma anécdota  
—por ejemplo la de la temeridad de acceder  
a un balcón desdeñoso  
con la enredadera de una serenata—...

Pero después fueron incontables  
las pinceladas de tiempo  
razadas en sus sienes,  
sus cejas,  
su barba,  
su bigote  
—que le daban el aspecto atractivo,  
cautivador,  
inolvidable  
del que paso a paso  
logra introducirse en el hueco  
de su propia estatua.

Cuando Don Juan peinaba canas,  
rastros canosos de viejísimas caricias,

también peinaba indicios indudables  
de desmoronamientos o de rumor  
de ruinas.  
También vivía el inconfesable aire de fatiga  
que arrancaba de su voz.  
de sus gestos,  
de su mirada,  
y parecía demandar un lecho...  
Pero sólo como el sitio  
donde poder dormir,  
desperzcar nostalgias,  
destrozar a manotazos mariposas,  
tener la oportunidad de escalar  
con sus manos de Sísifo  
siempre idéntico seno,  
besar todas y cada una de las bocas  
que contiene la almohada,  
y sentir, a todo, las acogedoras manos  
de la temperatura;  
como el sitio donde poder dormir  
y dejar del lado de acá,  
en la vigilia,  
en la orilla del lecho,  
los años,  
la edad,  
los trabajos eróticos  
de Hércules,  
el ciclópeo curriculum  
de las resistencias femeninas  
hipnotizadas por el péndulo  
de un tiempo que corría  
a favor del caballero.

Ya desde su más lejana juventud.  
Don Juan se vio en la imposibilidad  
de acallar la voz interna  
que brotaba del hondón del cuerpo.  
Esta voz se hallaba siempre a todo volumen:  
suscitada en el prurito insaciable  
del tonel sin fondo.

Las tensas ambiciones que sobrecogían de común  
 sus entrañas,  
 hubieran sido la causa de que Don Juan  
 viviese un prematuro  
 infierno,  
 a no ser que sus exigencias  
 su tronar de nervios,  
 hallaran siempre en su bello físico,  
 su *ars amatoria* y su fama universal,  
 los aliados perfectos  
 para garantizar la puntual satisfacción  
 que le acarreaba  
 la nunca mermada maestría en la seducción.  
 Si Don Juan ponía el ojo en alguna fortaleza,  
 ésta no podía dejar de sufrir  
 el derrotismo de las cuarteaduras.  
 De ahí que Leporello llevara el catálogo  
 «de las bellas que amó mi patrón»  
 como la fría estadística  
 que realizan la envidia y el asombro  
 de las aventuras del maestro en pezones  
 y doctor en caderas.

¿Cómo iba a resistir una mujer  
 a la que cubre tan sólo la túnica del escrúpulo,  
 cuando toda resistencia es desabotonable?  
 ¿Cómo hacer que las damas,  
 desprevenidas,  
 dejaran de cambiar  
 por las cuentas de vidrio del reguero  
 de refulgentes sílabas cautivadoras,  
 el oro de la entrega?  
 ¿Cómo protegerse del caballo de Troya  
 cuando la ciudad acumula en el fondo ansias de  
 caballeriza?  
 ¿Cómo hacerle frente a un deseo  
 que toma de la mano y levanta a otro deseo?  
 Don Juan terminó por convertirse  
 en el mayor coleccionista de concupiscencias  
 en lo que va del hombre.

Pero no supo detener el tiempo  
o, si se quiere, no atinó a vacunarse  
contra el gerundio.  
Y ahora,  
con los ojos papujados,  
los pasos inseguros,  
la papada oscilante,  
se diría que las aspiraciones de Don Juan  
han sido abandonadas,  
dejadas de la mano de Dios  
o a la deriva en los flancos oscuros  
de la brújula.

Mas todavía disfruta  
de indudables riquezas en su haber.  
Es verdad que la prestancia de otros días  
ha sido victimada por la amnesia del espejo  
o también que la belleza  
se asfixia inexorablemente  
en su caricatura.

Sin embargo  
a pesar de las devastaciones que el reloj  
ha fraguado en sus dominios,  
su renombre,  
su experiencia y una audacia que sabe arrinconar a los recelos,  
le permiten aún algunos triunfos.  
¿Quién iba a decir que la chiquilla de quince abriles  
que hablaba el amargoso lenguaje del desdén,  
le abriría de par en par los huecos de la entrega?  
¿O que la joven esposa,  
que urdía ya en su vientre sus mendrugos de niño,  
consistiera en calzarse,  
sin culpas de por medio,  
su mal paso?  
Durante algunos meses.  
Don Juan salió a la pizca de milagros.  
A rogar a lo imposible,  
de rodillas,  
cesar en sus rigores.

Mas después,  
poco a poco,  
se fue quedando a solas  
con el aire angustiado de sus manos vacías.  
Ni la ciencia de la seducción,  
ni el prestigio universal,  
le sirvieron.  
La lámpara de Aladino agotó sus virtudes  
y acabó por tener sólo la lucecilla miserable  
para alumbrar su impotencia.

La imaginación vino entonces en su ayuda.  
La cacería,  
tras amordazar la costumbre,  
cambió de blanco  
y el instituto sabueso remodeló  
su brújula olfativa:  
el Burlador decidió ir en pos de la muchacha gorda,  
de la tuerta,  
de la coja  
y de la enana.  
La imaginación vino entonces  
en su ayuda.  
Hay quien afirma que en este desfiladero del ridículo.  
Don Juan proseguía sitiéndose  
el amante perpetuo,  
el hombre que sabía forzar,  
con una explosiva mirada de reojo.  
los rigores de una puerta  
o la duda asustadiza de un prejuicio.

Después optó por incluir en su lista  
una que otra mujer ya muy entrada en años.  
Y es que sin duda hay ancianas  
que, en medio de las ruinas de su cuerpo,  
han podido conservar la soberbia a dos voces de sus  
senos  
Hay mujeres que lo han perdido todo:  
la línea,  
la frescura,



los escondrijos todos de lo bello.  
 Pero tienen,  
 guardado en la despensa del recato,  
 el más hermoso pubis de la ciudad entera.  
 Canoso, sí.  
 Mas rizado por quién sabe qué dedos invisibles.  
 Cálido y suave,  
 como el mejor estado de ánimo del terciopelo.  
 Y es que sin duda,  
 aunque existen viejas arrugadas.  
 sin dientes  
 y que pueden solamente desplazarse  
 si un bastón les da la mano,  
 vistas de cerca,  
 cara a cara,  
 entre orejas hendidas y párpados hinchados,  
 lucen una mirada inmarcesible,  
 impenetrable casi a esas sentencias de muerte  
 que llevan al calce  
 la firma del cronómetro.

Don Juan seguía insistiendo.  
 La voz de su organismo palpitante,  
 continuaba velando sus súplicas  
 (de pesadas rodillas)  
 con un ropaje de órdenes  
 que se daba a sí mismo.  
 Y él iba de una cita a otra y otra,  
 intercambiando visos semejantes  
 de derrumbe,  
 mechones sin raíces  
 o trozos de epidermis,  
 con brujas,  
 espantajos,  
 adefesios.  
 Y aunque al final tuviera  
 -verdadero sultán en su harem de esperpentos-  
 las manos barnizadas de carroña,  
 el prosiguió creyéndose  
 el perpetuo salteador

de descuidos y virtudes.  
Don Juan seguía insistiendo...

Cuando accedió por fin a su agonía,  
y cuando el convidado de piedra de la lápida  
podía suponerse ya en camino,  
nadie supo decir si los sonidos que emitía su aliento  
eran estertores de muerte  
o jadeos de orgasmo.  
Pero tal vez Don Juan,  
seductor asimismo de la muerte,  
se imaginó que estaba,  
al fallecer,  
no rindiéndole cuentas al vacío,  
sino ampliando su lista interminable  
sólo con otro nombre.

## LA HERMANA

I

En la línea fronteriza  
con que mi identidad pinta su raya,  
te hallabas tú,  
encabezando la lista  
de mis prohibiciones,  
el catálogo cruel y puntilloso  
de la moral madrastra.

Por aquellos días  
no sólo pescaste al vuelo alguna de las frases  
pronunciadas por el sutil deletreo  
de mis párpados.  
sino que terminaste por oír y comprender  
el gruñir de mis órganos internos,  
las blasfemias coaguladas en mi sangre  
o el sollozo con que tartamudea mi ternura...

Yo asimilé también aquí a tu vera  
las voces inaudibles que brotaban  
de las partes pudendas  
de tus poros.

No fui indiferente al clamor en sordina  
que suelta en toda tú lo inconfesable,  
ni al instinto sepulto en las reconditeces de tu cuerpo,  
donde tu carne finge ser ya un trozo  
de materia suicida.  
Supe entonces  
que la fuente de mi inspiración  
-tomarle el pulso a los árboles,  
quedarme sin ojos tras el vuelo de las aves,  
cantar desgañitadamente y al unísono con los vientos-  
de no sé qué manera se fundía  
con tus piernas, tus senos, tus caderas,  
con todo ese puñado de morbideces  
que mantiene con la palma de mi mano  
un aire de familia insoslayable.

## II

Pero vayamos al lado oscuro del castillo.  
La soledad estaba siempre merodeando.  
Meditaba en la forma de trocarse en ave de rapiña  
y arrojarse al aquí y al ahora de este grito.  
Rodeaba los cuerpos  
de alambradas de carne  
para frenar los pasos  
amorosos,  
la valentía  
del aproximarse,  
la idea fija de las manos  
que conspiran, en pie de audacia,  
contra la satrapía  
de los límites.  
Gustaba echar a andar  
esa caja de música siniestra  
en que se me había acabado de convertir  
el tronido de los dedos.  
Coleccionaba caracolas.  
Pero de un género sólo:  
de aquellas en que se podía escuchar,  
eterno, majestuoso, inagotable  
el mar de incertidumbres;  
sabía cómo asaltar, en fin, al ímpetu  
de libertad,  
atarlo y convertirlo  
en un cero a la izquierda que como pequeño globo  
se desinfla  
y dejar al corazón  
rumiando entre sus venas su rosario  
de tarántulas.  
Pero nuestros padres, hermana,  
no sólo dieron a la luz  
a este poeta que ha obtenido  
varias veces el primer lugar  
en los concursos de migraña  
o a este mamífero  
que está por editar  
su primera antología

de aullidos a la luna,  
o también a esta mujer  
que advino al mundo  
en una nave de vela  
empujada por un huracán de genes  
para ser musa,  
hermana de mis ojos,  
mis manos,  
mi sangre,  
perfume de la más entrañable de las flores increadas  
criatura con toda la luz que requerimos para salvar la  
noche  
en la palma de las manos.

### III

Mas la soledad  
se tendía entre nosotros  
con presunciones de frontera,  
quemazón de salvoconductos,  
deslinde de amorosas confusiones.  
Le podaba las rosas a nuestra fantasía,  
enmarañaba la ilusión  
de escapar finalmente  
del mareo laberíntico,  
al transformarla  
en laberinto de hilo,  
y dejaba en libertad los alacranes  
jugosos de veneno.  
Ahí estabas, hermana,  
en mi línea fronteriza,  
en la aduana de poros con que empieza el afuera.  
Ahí, para vendarme los gemidos.  
derramarte en mis heridas  
y ponerle a mis vocablos plañideros  
la sordina de tu dedo en la boca.

### IV

Ahí estabas. Al alcance del deseo,  
de la mano desenguantada de prejuicios;  
sin vacilaciones,

ni riendas,  
ni poquedades,  
ni la voz insidiosa y maloliente  
del escrúpulo.

La distancia  
-que por más que restáramos, medía  
siempre el mismo infinito-  
fue hostigada por las fauces  
del atrevimiento.

Pero ahí permanecías,  
en el lugar exacto de lo otro.  
sitiada en tus aquíes,  
en tus aislantes células,  
por los amurallamientos del bautismo,  
por el principio de identidad que espolvorearan  
en toda tu epidermis  
las manos de los padres.

Ay, nuestros padres.  
Nos dejaron de herencia  
este ser individuos,  
islas,  
mapa de células.  
Este vivir prisioneros  
a cuatro llaves,  
a cerradura ciega,  
dentro de un cuerpo  
por sí mismo acorralado.  
Nos acercamos uno al otro  
con la temeridad enredada entre los dedos,  
convencidos de que el tacto,  
vigía de la epidermis,  
halla siempre los pasadizos secretos,  
los puentes,  
los pedacitos de tierra de nadie,  
bajo la altanería de las diferencias.

En ambos raya una convicción:  
el amor sabría revolver

los poros de lo mío y de lo tuyo  
a la busca de la cama promisa  
del nosotros.

Ahí estábamos.  
Respirándonos mutuamente los alientos.  
Dándonos uno al otro el golpe  
a sus suspiros.  
Era preciso dar el paso.  
Mirar sobre los hombros del desdén  
las convenciones,  
las consecuencias  
o el sismo de principios y preceptos.  
Había que darlo.  
Y lo dimos.

V  
Nuestras fronteras fueron al cadalso.  
El principio de identidad se embarneció en un punto  
del espacio.  
nuestra epidermis amordazó  
los monólogos obsesivos de sus orillas.  
Y fuimos una carne,  
idéntica pulpa de manzana,  
el dulcísimo pronombre hermafrodita,  
la jadeante unidad de contrarios,  
las bocas confundidas,  
las manos al garete.

Qué felicidad, hermana.  
¿Lo recuerdas?  
Qué paraíso levantado  
a fuerza de infracciones,  
de resoluciones perplejas  
y de saltos mortales.  
Qué manera de incinerar decálogos,  
hacerse oídos sordos al estruendo  
que se agolpa en el púlpito  
o cortarle las alas a los cuervos  
que anidan en la parte

oscura de las normas.  
Qué forma de gritar «ya basta» a los mandatos  
que usaban el canal de lo infinito.  
Qué paraíso terrenal  
cargaron en sus hombros ese día  
dos valientes.  
¿Recuerdas?  
Qué júbilo indecible cuando barrimos del entorno  
las dudas,  
los temores,  
las letras de los nombres paternos,  
el morderse y remorderse el alma toda  
o el curvo sentimiento de una culpa,  
bajo la acusación  
de que todos,  
quién más quién menos,  
habían hincado su diente en la pulpa moralista,  
la discordia azucarada  
y el rojo delincuente  
de la manzana fatídica.

Qué satisfacción saber,  
hermana,  
de que aquí,  
en nuestro mundo,  
en este dar rienda suelta a lo que somos,  
se ha apostado un arcángel  
que blande y blande la línea fronteriza  
de su espada  
flamígera, filosa, imperturbable  
que además de vedar, con su aduana de fuego,  
el paso a los intrusos,  
nos esconde,  
protege  
y vela dulcemente nuestra culpa  
de las conspiraciones y amenazas  
del incienso.



## CANTATA DEL, ÁRBOL QUE CAMINA I

Soy un poeta que habla de pájaros.

También

claro

de otras cosas

la luna los hipogrifos violentos

los círculos viciosos

las divinidades

y los campos de tortura

Pero hablar de pájaros

y escribir subido a las ramas de los  
árboles

libros y libros de versos

es mi obsesión

la rutina de mis ansias

Un amigo mío me dijo un día

Enrique no hay que prestar tantos  
nidos

de atención a los pájaros

Y entonces volví la vista a los árboles

a esos seres tristísimos que crecen  
persiguiendo a su pronombre

a esos fumaderos de oxígeno

a esos astrónomos del parque

que gustan de escudriñar el cielo

con los ojos de sus pájaros

Los pájaros

Los poemas del árbol

Su estrategia para podarle la prosa  
que le crece

Las aves que

en diferentes puntos  
se insertan al ramaje

y en él hallan los nidos de caoba

donde olvidar sus alas

metamofosearse en frutos  
 y esperar a que madure en sus entrañas  
 el aleteante néctar del gorjeo

Enrique

me dijo el amigo mío  
 Pon a la frivolidad en cuarentena  
 y arroja los trinos  
 que aletean en tus dedos  
 a un diccionario de la rima  
 cualquiera

Cambié de itinerario

Abrí mi caja fuerte para encerrar en  
 ella  
 los consejos  
 Me volví  
 un poeta que habla ya no de pájaros  
 sino de árboles hechos y derechos  
 Que adivina el bosque en cada pino  
 o cada sauce  
 a sabiendas de que a todos  
 nada arbóreo  
 como diría el clásico

les es ajeno

Un poeta que los ve a la distancia o desde cerca  
 o desde abajo  
 O encaramado en una de sus ramas  
 para ser el agente de tránsito  
 de los vientos  
 o de las palabras que corren por los aires  
 tocando la bocina  
 de alguna de sus vocales

Vi los olmos

los cedros  
 los sauces

Los divisé

como a nosotros  
 negociando sus minutos con la  
 muerte





zozobras  
 y lianas malolientes de saliva  
 colgadas como escarcha

Árbol blasfemo  
 a las patadas con la Divina Providencia  
 dedicado infatigablemente  
 a pisotear y embarrar en el suelo  
 todo presunto milagro  
 y arrancar hojas y hojas a la Biblia  
 con la seguridad  
 de llegar a tener entre manos  
 las Santas Escrituras de la nada

Pero hoy ha sucedido  
 Ya no estoy aquí  
 anclado al suelo por una raigambre  
 sedienta de negrura  
 y hambrienta de gusanos  
 Ya no estoy a la espera  
 de la furia del destino  
 y su jauría de vientos

No estoy aquí  
 Ya no  
 A mis espaldas hay  
 tan sólo un hueco  
 cavado por mi ausencia  
 que brama nacimientos  
 y sangra independencias  
 Soy un árbol  
 que ya está en el edén de su odisea  
 que encuentra pies y báculos  
 y brújulas y prisas  
 y hasta el camino mismo  
 entre sus pertenencias  
 Un árbol que concibe su primer paso  
 con los dolores  
 del alumbramiento

## DEL BESO ROBADO Y OTRAS INIQUIDADES

La seducción es una forma atemperada  
de violación: fuerza a la resistencia femenina  
a descubrir sus negaciones.

Obliga a la indiferencia o al recato  
a cubrirse de escrúpulos y titubeos  
e inmolarse en la flama  
de la astucia masculina.

La seducción llena de interrogaciones a la presa  
-¿será posible? ¿será verdad que...?-  
e inmoviliza los anticuerpos  
del escudo.

La seducción, ay, produce un incendio  
En algunas vivencias inflamables.  
Introduce en la fortaleza, vía el oído,  
sus relinchos de madera.

La seducción es untada por el tacto  
a lo largo de la epidermis;  
se acumula en los ojos del ave de rapiña  
titilantes de deseo,  
y vuela hacia su presa  
con aletear amenazante  
que se descubre buitre en la carroña.

La seducción, en fin, sabe que el beso robado,  
al colocar una libélula imprevista  
mitad de la boca,  
es llave que contradice las decisiones inquebrantables  
de la puerta,  
genera vacilaciones en la duda,  
desenchufa la idea del pecado  
de la moral corriente,  
busca a lo largo y a lo ancho de la conciencia femenina  
el escondite del consentimiento.



La modelo  
    en angustiosa carrera  
trataba infructuosamente  
de enmendarle la plana  
a lo definitivo.

Pero con el paso de los años  
fue perdiendo la vista  
hasta quedar  
ensimismada  
con la niña de sus ojos  
amarrada a su miopía.  
El espejo también fue envejeciendo  
de modo tal que  
roto  
sucio  
derrotado  
comenzó a balbucir  
incoherencias.  
La alcoba de repente  
se llenó de mentiras y mentiras  
de la lora y la fauna  
de una alucinación  
desbocada.  
Dejó de ser  
el primer círculo del infierno  
para volverse el atrio  
del  
paraíso.



## ENVEJECIMIENTOS

Las pertenencias de los ancianos  
envejecen

ay  
con ellos.

El látigo del domador  
ya no sabe rugir más fuertemente  
que los leones.

La pluma del poeta  
es ahora ganada por el pavor escénico  
ante la hoja en blanco.

El avión del piloto  
como si le hubieran cortado las alas  
picotea aquí y allá su semejanza  
con un descomunal y grotesco  
gallo metálico.

El cayado del viajero  
extravía  
en no sé qué recodo de su travesía  
la brújula de palo  
de su sentido de orientación.

La aguja de la costurera  
padece quién sabe qué trastornos oculares  
que le secuestran  
aquellas miradas de hilo  
que fotografían las más invisibles  
roturas de la ropa.

El barco tiburonero  
—hoy medroso hasta de las pirañas—  
prefiere dormir en la arena  
—soñando en sus años mozos—  
a meter de nuevo  
las narices de su proa  
en el salado riesgo de la pesca.

Todas las pertenencias de los viejos  
envejecen  
se hacen de una joroba  
bajo el peso de tantísimos cumpleaños.

Todas escuchan.  
Todas saben de qué se trata.  
No hay una que no entienda  
el idioma universal  
    el esperanto de la fatiga  
de la decadencia  
    o de lo efímero  
con el que hablan perfecta  
    corridamente  
    y sin acento  
los relojes.

## FOTOGRAFÍA

Mis dedos

    levantando la fotografía  
ponen ante mis ojos  
un mar que carga a las espaldas todo el cielo  
como Atlas sudoroso que intentase  
cargar el infinito.

Allá lejos

    tras una negociación de azules  
el cielo y el mar  
trazan el horizonte  
    el camposanto de miradas.  
El firmamento con su desmanchado azul marino  
casi venido a blanco  
    (a blanco de los ojos)  
sufre inopia de nubespelícanos  
y pupilas en picada.

El azul del mar no se anda con remilgos  
    con pequeñeces de caracol  
y se encarama a los peldaños del apasionamiento  
ahoga timideces en su entraña  
y lanza su red azulísima hacia la costa  
a la pesca de bañistas  
y poetas.

La diosa monotonía se adueña  
de la orilla del mar  
y poniendo su húmeda insistencia  
bajo las órdenes del metrónomo  
convierte el ondeo  
en un disco rayado  
en que las olas llevando el aro de sus curvaturas  
juegan siempre a lo mismo:  
a hacerse y más hacerse y más hacerse  
hasta desvanecerse  
como un oleaje en ruinas...

De cuando en vez el silencio  
impone su momento espiritual  
su mendrugo de nada  
. y el mar por un instante se decide  
a morderse la lengua.  
Y es entonces cuando te veo  
erguida  
    caminando  
bañada por duchazos de sol  
dándole la espalda al océano como  
Venus  
que nace de su oleaje de semen.

Llevas en las manos  
un libro de versos que bate lentamente  
sus enormes alas de negra mariposa.

Tienes los ojos hipnotizados  
y te quemas las pestañas  
    con el sol y las letras.

Por un segundo  
el mar pierde su lucha con el cielo  
y se convierte en cielo  
cielo embarcado  
ciclo dejado a la deriva  
en alta mar.  
Dejado.

Estás ensimismada.  
Quizás le estás siguiendo  
su pista de invisibles puntos suspensivos  
a una de mis metáforas.  
Tal vez estás oyendo  
en el ritmo de mis estrofas  
mis respiraciones y sus enigmas  
de aire.

Soy un poeta privilegiado. Tengo  
esta fotografía de mi musa

de mi amada  
de mi compañera  
de la luz con que escribo en las noches  
de mi entraña.

-Tú sabes- le digo-  
que vamos a seguir juntos toda la vida?  
¿Sabes que  
siendo la confluencia de dos ríos  
-de evaporadas fronteras-  
oiremos un día el rumor de las olas  
el canto gregoriano de la espuma  
la húmeda fanfarria de gaviotas  
de nuestro destino?  
¿Y sabes que uno de los dos  
quedará frente al otro  
para cerrarle los ojos  
amortajar su pulso  
y descifrar el jeroglífico  
de su último suspiro?

## FINAL

El helicóptero vuelve a la tierra.  
Olfatea el lugar donde debe detenerse  
y siente en su tren de aterrizaje  
la tajada del planeta  
que le toca.  
El piloto trae su informe bajo el brazo  
y halla en esta comedia de la urbe  
el pasadizo secreto invisible  
que va de la divina  
a la comedia humana.  
Fue testigo de todo  
-de las prisas  
los besos encamados en la culpa  
los dúos de gemidos de serrucho  
y violín desafinado.  
Si algo se le quedó en el tintero  
fue por obra de la fatiga muscular  
de su propósito,  
de la dolencia de finitud  
que padece su brazo  
o la anemia perniciosa  
que corroe sus versos.  
Baja del helicóptero  
busca  
para esconderse  
la madriguera  
del punto final  
    el trampolín de la imaginación  
o la matriz del silencio  
y se nos va poco a poco de las manos  
de los ojos  
del oído  
en busca de un nuevo yacimiento de palabras  
que al parecer se encuentra en algún punto  
de la capital,  
para perderse  
devorado  
por una de las avenidas

calle  
callejones  
vericuetos  
de nuestra ciudad.  
Se va regando  
no guijarros  
no mendrugos de pan  
sino letras  
signos de interrogación  
palabras  
para que vayamos tras él  
para evitar que se pierda en cualquier bosque  
que le salga al encuentro.  
Podemos perseguirlo  
olisquear su pista  
leer  
leer  
los indicios que nos deja  
la polvareda en que termina por hacerse  
el polvo de que se halla  
constituido...  
Pero tarde o temprano  
daremos con el punto final  
de sus escritos  
de sus pasos  
de sus respiraciones  
porque el punto final no es otra cosa  
que el epitafio  
del silencio.

## EL SABIO DE AGRIGENTO

I

Isla acariciada a dos manos  
por mar antiguo,  
añejo,  
de cosechas anteriores a Cristo.  
Olas que son música y poesía,  
versificadas por el firmamento,  
preludios que le pisan los talones  
a sus fugas,  
voces en clave de agua,  
solos de lira  
con cuerdas bocales.  
Tierra que,  
en cámara lentísima,  
huye perpetuamente  
el puntapié amenazante  
del destino.  
Acantilados que azotan  
furiosos hexámetros y trocaicos  
de suspirantes sílabas  
cabalgados por las espumas  
el verso blanco.  
isla rica en valles, cordilleras,  
florestas, templos, moluscos  
(semen arrojado  
por los éxtasis del mar)  
y pactos con el cielo  
que atestiguan, eflmeras, las nubes  
y rubrican a su paso  
parvadas de gaviotas.

II

En días antiquísimos,  
los griegos embarcaron  
sus navíos ligeros, sus naos y trirremes,  
sus espadas, sus escudos,  
sus ojos incendiados de horizonte a la busca de miradas  
inéditas,



sus creencias y costumbres,  
su olimpo (comarca de palabras mayores  
donde Cronos fue excluido por el Hado  
de sus sucios negocios con lo efímero);  
sus arpas eólicas,  
sus cítaras,  
sus coros de cisnes moribundos,  
sus flautas de jilgueros disecados  
que enhebraban la música de fondo  
de donde emergían  
las nueve maneras en que los humanos,  
en su parnaso anímico,  
se acercan, sedientos, a la belleza;  
también trajeron consigo la alcándara  
de palabras huidizas,  
símiles,  
epítetos,  
metáforas que son los cromosomas  
del milagro,  
materia prima con que trabajaron Homero,  
Hesíodo, Píndaro, Anacreonte,  
y supieron ahogar entre los brazos  
los límites, olorosos a muerte,  
del espacio y el tiempo.  
Y al arribar a las playas de Sicilia  
descendieron con todo y cargamento,  
desembarcaron parte de su historia  
y un pedazo de su patria.  
Lo bajaron todo  
-sin excluir la lluvia, los crepúsculos o el olor de su  
Grecia-  
hasta hacer de esta isla  
una de las provincias más prósperas del espíritu  
y un espacio celeste  
donde el águila de Zeus,  
que reunía en sus ojos toda la isla, gritaba,  
con ademanes de aire,  
lo que son sus alas...

## HUMILDE RECONOCIMIENTO A LOS DEMIURGOS

Al inicio de todo,  
cuando Dios estaba creando febrilmente  
sus Obras Completas:  
armadillos, orugas, tulipanes,  
tumores cancerosos, temblores de tierra.  
hoyos negros, dedos meñiques  
y tantas criaturas que no podrían entrar  
en el Arca de Noé del.más amplio  
de los poemas.  
algo le resultó mal:  
las rosas, los crepúsculos y los acantilados.

Las rosas nacieron desteñidas.  
en veces hechas jirones  
y sin otro atractivo  
que el aroma edulcorado  
de lo cursi.  
Los crepúsculos tenían como maestra  
a la monotonía  
y nunca oyeron hablar de las palabras novedad,  
renovación  
sorpresa,  
por lo que día tras día,  
durante varias eternidades,  
se plagiaban a sí mismos  
como un actor que se resiste  
—y convierte en raíz su resistencia—  
a dejar el escenario.  
El error que acompañó a la creación de los acantilados  
fue haberlos hecho juntito al mar,  
lo que impedía verlos seguros,  
serenos, impasibles,  
porque si por un momento así se hallaban,  
un instante después  
estaban chorreando agua,  
plagados de espuma  
y despeinados.

Dios envió a varios poetas  
 a corregir los defectos, averías,  
 malos acabados de sus hechuras.  
 Unos se pusieron a remendar las rosas,  
 a perfeccionar sus formas y colores,  
 para dar carta abierta  
 a miradas deprimidas y metáforas audaces.

Otros se encargaron de los crepúsculos,  
 cambiaron el ritmo de aparición  
 del allegro al lentísimo,  
 combinaron atrevidamente los brochazos de pintura,  
 enloquecieron el espectro,  
 .dejaron al caleidoscopio  
 rumiando su envidia  
 y hablando de gansos en el país de los cisnes.  
 Unos más corrieron a los acantilados:  
 les restaron mar y les añadieron tierra  
 y lograron, así,  
 que a cada embate de las olas  
 el peñasco se irguiese  
 como un hombre que una vez y otra y otra  
 triunfa sobre el destino  
 como florece un puño  
 a mitad del sojuzgamiento.

Dios contempló su obra:  
 le pareció aceptable.  
 Los poetas eran sus correctores de estilo,  
 su fe de erratas,  
 los restauradores de sus viejas pinturas  
 hoy deterioradas  
 o la gracia divina que a veces  
 se le escondía entre los dedos.  
 Eran todo eso  
 ¿o acaso más?  
 ¿No serían sus usurpadores,  
 sus deicidas?  
 ¿El infinito número de inspiradas pruebas  
 de su inexistencia?

## LA PRISA / Remedios Varo

Seguida de su vieja institutriz,  
la muchacha lleva en la mano derecha  
un gran barco de papel  
y en la izquierda un charco que se le va derramando.  
Camina casi corriendo,  
no vaya a ser que alguien se le adelante  
en la creación del mar.

## LA PERFECCIÓN / Piet Mondrian

El rectángulo --decía Mondrian--  
es mi forma geométrica preferida.  
Pero aquí predominan las curvas sensuales,  
los pezones alados,  
la explosión de cinturas,  
la orgía de las circunferencias.  
Los pocos rectángulos que están frente a nosotros,  
que se hallan viendo fijamente las elipsis,  
tienen como utopía la cuadratura del círculo.

## CONSEJOSAMI PLUMA

*Para Paloma Saiz*

Escúchame: amo aquella poesía  
 que se escribe en las trincheras  
 a la luz de los fogonazos del odio;  
 aquella que, si primero  
 nace como el aullar  
 de lobeznos perdidos en el cosmos,  
 madura al convertirse en lanzallamas  
 de fonemas corrosivos;  
 aquella que, tras de recibir instrucción militar  
 en la poesía de Pablo de Rokha o de Neruda,  
 hace que todos sus versos se encuentren  
 a un veneno tan sólo de tornarse serpientes;  
 aquella que, al soltar sus alaridos,  
 se deshace de la bisutería  
 de la rima,  
 aquella que, de la mano de la pólvora,  
 tiene como blanco la destrucción,  
 el estrago fecundo,  
 el bendito borrón que parirá  
 con dolor maternal la cuenta nueva,  
 la luz recién nacida,  
 la utopía en pañales  
 donde por fin las ruinas  
 alcen en hombros. victorioso, al humo.

Pero oye bien lo que digo: temo, repudio,  
 el «mucho ruido y pocas nueces»  
 de lo panfletario.

La poesía desfallece en el panfleto  
 como la luz se asfixia en la caverna,  
 o la música de la verdad  
 en la vocal desgañitada.  
 Amo la poesía de denuncia  
 -aquella que espera a los trabajadores  
 a la salida de la fábrica  
 para intercambiar saludos  
 y planear cataclismos,

aquella que si sabe cantar, también vomita;  
 que si se anda en los aires pergeñando geranios  
 también tiene gatillos en espera  
 del atrevimiento; aquella que...  
 pero, mi pluma, dejas mucho que desear:  
 vacilas, tropiezas con tus sílabas,  
 y cuántas veces, ay, tartamudeas.

Dejas mucho que desear y yo querría que dijeras  
 lo que otras callan,  
 que fueses veraz, indiscreta,  
 que te metieras en lo que no te importa,  
 que supieses murmurar como los ademanes  
 y gritar como los puños.

Escúchame: no te quiero recibiendo consejos  
 de los brazos cruzados.  
 Ni pasiva, pusilánime,  
 mirando las catástrofes  
 desde las galerías de tu olimpo  
 o los binoculares de tu musa.  
 No te quiero servil,  
 dándole por su lado a la derecha  
 que opone al ansia de avanzar  
 la dureza fanática del yunque,  
 o que, al son de sus gregorianos  
 rechinados de dientes,  
 busca meterle zancadillas a la historia;  
 tampoco te deseo aplaudiendo  
 a la izquierda *moderna*,  
 (entregada, de tiempo completo, a su miopía)  
 la izquierda que, peinada  
 con las comillas de la sospecha,  
 mastica el bilingüe bocado de saliva  
 de la demagogia,  
 o que tiene siempre a mano  
 la disculpa mendaz, con su perfume  
 de magnolia podrida,  
 ocultando sus traiciones  
 en los pequeños juegos de artificio

que organiza la astucia de la lengua  
a flor de labio.

Atiéndeme: te sueño ágil, diestra.  
con la sensibilidad a piel de sueño:  
y blandiendo un fusil bendecido por el don  
de la buena puntería:  
que donde pongas el ojo  
pongas el epíteto corrosivo,  
la denuncia,  
el caos como primera piedra del empeño,  
el semen de la aurora.

## NUEVOS CONSEJOS A MI PLUMA

*A Paco Ignacio Taibo II*

Te quiero capaz de vislumbrar los pies de barro  
del sistema y su compleja arquitectura de mentiras,  
de salir a la intemperie, ferocidad al hombro,  
a desfacer entuertos y enmendarle la plana a los  
rosales

que, pobrecitos, no saben redondear  
sino solo criaturas monocordes.

Ven acá: te quiero capaz  
de hacer que haya gatillos en tus frases,  
gatillos que, orientados por la mira  
del sapiente coraje,  
sorpandan a pupilas y entusiasmen a tímpanos  
con la deificación del ruido (en el estruendo)  
que extraerá de las ruinas otro mundo  
con las manchas de sangre  
de lo recién nacido.

Escúchame cabrona: que si hablas de Zapata,  
del Che Guevara, de Salvador Allende  
o de tantos, tantísimos otros,  
que levantaron en armas a sus muinas,  
lo sepas hacer con las frases apropiadas,  
justas, militantes, que seduzcan la atención  
y le pongan hormigas al descuido,  
con palabras inventadas desde hace siglos  
sólo para cumplir su cometido actual  
de develar artilugios  
y realizar una histórica masacre  
de máscaras, disfraces, fingimientos  
con que forma el poder sus escondrijos.

Mi pluma, como dejas mucho que desear,  
como eres iletrada, tímida, ingenua,  
y bastante torpe para hablar en público;  
como tienes, reconócelo,  
no sé qué debilidades por la retórica  
y crees que la mejor manera de sorprender al público  
es lanzar al firmamento los fuegos de artificio



de tropos rutilantes  
y subir el volumen de lo pregonado  
hasta la grandilocuencia,  
te voy a tener que someter  
a una fuerte y severa disciplina.  
Durante mucho tiempo, pluma,  
tú y yo, tomados de la mano,  
asistiremos a marchas,  
concentraciones y mítines.  
Saludarás de corazón a las *adelitas*  
y recogerás, para alguno de tus poemas,  
las estrellas que arrancan del suelo los machetes.  
Yo te conduciré a las concentraciones para que  
aprendas

a desgañitar la tinta  
que cargas en la garganta.  
Te llevaré, para que no te enamores,  
como Narciso,  
de ti misma,  
de lo que dices,  
de tu lengua formada de gérmenes de palabras,  
de tu forma tan personal  
de robarle parlamentos al silencio.  
Te llevaré, carajo, para que estés en contacto con la  
gente,  
para que sepas del calvario,  
el vía crucis,  
la crucifixión  
de todo humilde miembro  
de la especie.

## INDICE

Prólogo, de Andrés Cisneros de la Cruz.....	3
<i>De Para deletrear el infinito I(1972):</i>	
El entierro del ángel custodio.....	5
El péndulo.....	9
No es posible entrar dos veces en el mismo Río.....	11
Vida y obra del espacio.....	15
<i>De Para deletrear el infinito II (1985):</i>	
Premamutario.....	16
Hormiga y aparte.....	20
La alternativa.....	21
Prehistoria del puño.....	22
La clase obrera va al paraíso.....	24
En pie de lucha.....	26
Epigramario.....	28
Va de pasión en fondo por las calles.....	29
<i>De Para deletrear el infinito III (1988):</i>	
Programa de vida.....	31
Prepara ya la cárcel.....	33
En la orden del día.....	34
El hereje.....	35
El viento me pertenece un poco.....	38
Penélope.....	40
Yo sigo mi camino.....	42
<i>De Para deletrear el infinito IV (1998):</i>	
Oda a la goma de borrar.....	43
Confidencias de un árbol.....	45
En el mercado.....	48
Discurso de José Revueltas a los perros en el Parque Hundido.....	49
Invitación.....	52
Antesala.....	53
El poeta.....	55
A Orfeo se le acabó un día el tiempo.....	58
En un hotel.....	59
Este puño sí se ve.....	61

Balada.....	62
El regreso.....	63
Ars poetica.....	64
El diluvio. Homenaje a Hegel.....	67
Epílogo.....	68
Cuando adviene la incredulidad.....	69
Triángulo.....	69
Una comparación.....	70
Vicente Huidobro.....	71
La operamada.....	72
Metafísica urbana.....	73
De <i>El junco</i> (1998):	
La torre de Babel.....	76
Harem de esperpentos.....	80
La hermana.....	87
De <i>La cantata del árbol que camina</i> (2000):	
Cantata del árbol que camina.....	93
De <i>Memorialia del sol</i> (2002):	
Del beso robado y otras iniquidades.....	98
De <i>Viejos</i> (2002):	
Modelo.....	99
Envejecimientos.....	101
De <i>Venus en el laberinto</i> (2005):	
Fotografía.....	103
De <i>Comedia Urbana</i> (2005):	
Final.....	106
De <i>Empédocles</i> (2006):	
El sabio de Agrigento I y II.....	108
De <i>Poeta en la ventana</i> (2007):	
Humilde reconocimiento a los demiurgos.....	110

De *Galería de cuadros inexistentes* (2008):

*La prisa*, de Remedios Varo.....112

*La perfección*, de Piet Mondrian.....112

De *Casa adentro* (2008):

Consejos a mi pluma.....113

Nuevos consejos a mi pluma.....116